

Perspectivas para la lingüística: más allá de la dicotomía formalismo/funcionalismo¹

Guillermo Soto
Universidad de Chile

1. INTRODUCCIÓN: FORMALISMO VS. FUNCIONALISMO

Durante las últimas décadas, la lingüística se ha desarrollado en dos direcciones contrastantes: formalismo y funcionalismo. Por cierto, como toda distinción polar, esta simplifica un campo complejo de investigación en el que los científicos no siempre restringen sus exploraciones a un territorio claramente delimitado, y en el que, como veremos, las transformaciones responden también a innovaciones tecnológicas y a avances en otras ciencias. No obstante, es posible que la dicotomía se aproxime con bastante certeza a lo que viene ocurriendo en lingüística, al menos desde la década de 1970, si bien en los últimos años se ha desarrollado un nuevo enfoque que, aunque controvertido, parece superar en diversos aspectos a las direcciones anteriores.

Mientras los formalistas han ido proponiendo modelos de gran abstracción, que pretenden describir y explicar ciertos fenómenos acotados del lenguaje humano considerando a este último como un objeto natural y autónomo, un sistema de conocimiento específico que posee nuestra mente; los funcionalistas se han volcado a un estudio que subordina las virtudes de la abstracción y la formalización en pro de caracterizaciones capaces de dar cuenta del lenguaje en uso y el papel de los factores comunicativos y sociales en su estructuración. Sintetizando quizás en extremo, podríamos reiterar acá la afirmación generalizada de que el formalismo estudia el

lenguaje como forma de conocimiento mientras que el funcionalismo lo explora como forma de comunicación.

El presente trabajo está organizado de la siguiente forma. En primer lugar, se presenta una síntesis del formalismo, con especial atención a su compromiso mentalista, destacando que este puede distinguirse del compromiso formalizador. En segundo lugar, se entrega una visión sinóptica del funcionalismo, deteniéndose ante todo en las críticas que se le han formulado y que han llevado a establecer una distinción entre una variedad extrema y otra moderada. Posteriormente, se exponen algunas características del enfoque lingüístico cognitivo, mostrando cómo este aborda el lenguaje en cuanto conocimiento, desde una perspectiva distinta del formalismo, y cómo se hace cargo, a la vez, del problema del uso aproximándose al funcionalismo moderado. El trabajo concluye señalando algunos rasgos que han caracterizado los estudios lingüísticos en las últimas décadas y proponiendo algunas tendencias para el desarrollo futuro de la disciplina.

2. LA POSTURA FORMALISTA

2.1. *El núcleo del lenguaje*

Una idea central de los formalistas es que el lenguaje es concebible como un sistema autónomo que puede analizarse productivamente sin considerar la dimensión social y comunicativa. Por supuesto, esto no quiere decir que los formalistas no acepten que la comunicación lingüística es un proceso complejo que implica la intervención de factores externos a la estructura lingüística. Basta pensar en fenómenos como la ironía para darse cuenta de que la comprensión del lenguaje en uso implica dimensiones de conocimiento de mundo, valores y principios pragmáticos de comunicación e interacción social, entre otros. Para interpretar irónicamente la famosa frase de John Lennon, "los Beatles son más famosos que Jesucristo", no basta con conocer la gramática y el léxico, como lo prueba la distinta recepción de este enunciado en Inglaterra y Estados Unidos: es necesario, como han señalado, entre otros, Gibbs (1994) y Barbe (1995), compartir una actitud común respecto de ciertos valores dependientes de cultura. Los formalistas reconocen que en el uso real del lenguaje inciden factores como la cognición general, las relaciones sociales y las metas comunicativas de los hablantes; sin embargo, para ellos existe un núcleo duro del lenguaje en cuyo estudio puede prescindirse de todos esos aspectos. Todavía más, para los formalistas es necesario establecer una distinción entre el conocimiento lingüístico del hablante (la competencia) y el uso efectivo de este conocimiento en situaciones comunicativas dadas (la actuación): la investigación lingüística debe centrarse en la caracterización de la competencia, relegando a un segundo plano la

actuación lingüística, que está sometida a múltiples variables difíciles de precisar y que en términos relevantes depende de la competencia. Dada la centralidad del lenguaje en nuestra especie, la comprensión de su componente nuclear permitiría iluminar no solo su organización interna sino, sobre todo, la manera en que la mente humana se estructura: la arquitectura de la cognición. En este sentido, el lenguaje podría concebirse como un dominio privilegiado de cuyo análisis podrían desprenderse hipótesis de alcance más general concernientes a la psicología humana.

2.2. *La lengua como objeto mental y formal*

De acuerdo con Jackendoff (1997), la apuesta formalista parte de dos planteamientos centrales presentes en la obra de Noam Chomsky, el padre indiscutido de esta postura. Como veremos más adelante, estas dos proposiciones, aun cuando han ido de la mano durante décadas, no se implican recíprocamente (Jackendoff 1997). En primer término, la perspectiva formalista descansa en la idea de que la ciencia lingüística debe concebir el lenguaje como un tipo de conocimiento y no solo como las manifestaciones innumerables y variadas de ese conocimiento en el mundo; en segundo lugar, se sustenta en la propuesta de que ese conocimiento constituye un sistema representacional, probablemente en su núcleo un sistema de tipo computacional, que puede modelarse formalmente².

2.2.1. La lengua mental

La primera idea es simple y poderosa: durante mucho tiempo la lingüística estructural —enfoque predominante durante las tres décadas que precedieron al surgimiento del paradigma formalista— se limitó a analizar el lenguaje producido, esto es, a diseccionar las lenguas existentes, intentando determinar las estructuras —preferentemente morfológicas y fonológicas— aparentes en las expresiones³. Diversos problemas, sin embargo, cuestionaron severamente la viabilidad de esta empresa; entre otros, el reconocimiento de que la actividad lingüística es eminentemente creativa, por lo que ninguna muestra agotaría las expresiones posibles; que cuando hablamos, factores muy diversos, como el cansancio o la ansiedad, inciden en nuestra conducta; y que este enfoque no es capaz de dar cuenta ni del conocimiento implícito que tenemos del lenguaje, ni de su uso, ni de su aprendizaje. El problema del estructuralismo, a juicio de los formalistas, radicó en considerar que el objeto de estudio del lingüista era la lengua externalizada, es decir, un conjunto indeterminado —y quizás indeterminable— de emisiones de distintos sujetos en distintos contextos situacionales, sociales y geográficos, entre otros. Contra esta pretensión, los formalistas sostienen que la lengua es un objeto mental, un estado de conocimiento que alguien alcanza y que se manifiesta en su conducta lingüística. Sostener que el estudio del lenguaje es el estudio de las emisiones en cuanto tales sería como proponer

que el objeto de estudio de la geometría son los triángulos y círculos que las personas trazan y no el conjunto de reglas que permiten su producción. Como se advierte, los formalistas suscriben un enfoque mentalista del lenguaje, según el cual este constituye una capacidad singular de la mente humana.

2.2.1.1. El innatismo

Para Chomsky, la capacidad lingüística es también, en su médula, innata, es decir, no aprendida. ¿Cómo podría un niño de solo seis años conocer tan bien la gramática de su lengua materna cuando, enfrentado a otros dominios cognitivos más sencillos, muestra severas dificultades para su aprendizaje?; ¿por qué se observan asombrosas regularidades en la ontogenia del lenguaje, esto es, en el desarrollo del lenguaje y sus fases, entre niños de diversas lenguas y culturas?; ¿cómo es posible que a partir de un aducto fragmentario, plagado de errores, muchas veces mínimo, el niño logre hallar la gramática correcta que le permitirá producir y comprender oraciones que no ha escuchado con anterioridad? El problema del aprendizaje de las lenguas entendidas como sistemas de conocimiento –el así llamado “problema de Platón” (cf. Chomsky 1985)–, se resuelve proponiendo que el conocimiento lingüístico fundamental viene ya con nuestra herencia biológica, y que es este conocimiento el que permite derivar las gramáticas mentales a partir de un aducto empobrecido. En pocas palabras, los niños llegan al mundo con un rico cuerpo de conocimientos lingüísticos formulables en términos proposicionales, conocimiento al que la conciencia no puede acceder por mera introspección. Este conocimiento, que constituye la gramática universal, permitirá que el niño, enfrentado a un corpus restringido de oraciones, muchas veces incompletas y sujetas a las vicisitudes de la actuación, pueda derivar la gramática mental adecuada, un problema que los estructuralistas ni siquiera habían sido capaces de formular⁴.

En síntesis, para los formalistas, los seres humanos poseen la capacidad de adquirir lenguas, produciendo y comprendiendo oraciones en ellas, así como ciertas tortugas pueden nadar largas distancias o, en un ejemplo más atinente al lenguaje humano, los pinzones pueden adquirir distintas variantes de llamadas de lluvia (Akmajan 1984). En este sentido, la capacidad para adquirir lenguas y comprender y producir oraciones en ellas es característica de la especie humana, un rasgo de la naturaleza y no de la cultura. El razonamiento prosigue implacable: el lenguaje es, en consecuencia, un objeto natural, no cultural, y la lingüística, ciencia destinada a elucidar la estructura del lenguaje, no pertenece al campo de las humanidades sino, más bien, al de las ciencias de la naturaleza (Chomsky 1985).

2.2.1.2. Innatismo y modularidad

La idea de que la mente humana contiene sistemas innatos de conocimiento específico ha tenido gran repercusión en el pensamiento psicológico y, en general,

en las ciencias cognitivas: el argumento de la pobreza del aducto, sintetizado en la sección anterior, no solo es pertinente para el lenguaje sino para cualquier sistema de conocimiento sofisticado. Desde la publicación en 1957 de *Estructuras sintácticas*, texto fundador de la lingüística generativa, se ha ido proponiendo la existencia de diversos módulos de dominio específico destinados a tareas tales como el reconocimiento de rostros, la cognición espacial o las emociones. Al igual que en el caso del lenguaje, estos módulos serían innatos y operarían procesando un tipo específico de información. Así, lejos de ser una tabula rasa, el niño traería consigo muchísimos conocimientos de diverso tipo y el entorno actuaría como un desencadenante de procesos establecidos genéticamente.

La hipótesis de la mente modular alcanzó gran popularidad, sobre todo a partir de la publicación, en 1980, de *La modularidad de la mente* por parte del filósofo Jerry Fodor, para quien los sistemas modulares eran, ante todo, sistemas de procesamiento de dominio específico, encapsulados, innatos, veloces, de procesamiento superficial, con patrones ontogenéticos definidos, sitios en regiones cerebrales determinadas y sujetos a pautas de deterioro típicas. De acuerdo con los modularistas, todas estas propiedades estarían presentes en el lenguaje: este posee reglas (o principios) exclusivos; es innato; existen patrones ontogenéticos recurrentes en diversas lenguas; la comprensión y la producción lingüísticas ocurren a gran velocidad; se han identificado áreas de la corteza cerebral especializadas en su procesamiento; y existen deterioros específicos como, entre otros, los distintos tipos de afasia. En la versión tradicional, los aspectos más complejos de la comprensión lingüística (por ejemplo, el reconocimiento de un acto de habla indirecto) se procesarían en sistemas centrales de dominio general capaces de considerar información proveniente de diversas modalidades: el módulo lingüístico se limitaría a un procesamiento somero de las oraciones.

La hipótesis de la modularidad ha dado lugar a un amplio debate en las ciencias cognitivas. Por un lado, la idea misma de modularidad se ha comprendido de diversas formas, planteándose que los módulos se centran ya en el dominio de procesamiento ya en el tipo de representación procesada (Jackendoff 1997); por otro lado, se ha propuesto que el sistema lingüístico es, internamente, un sistema cognoscitivo modular constituido por un conjunto de teorías que interactúan⁵; finalmente, se ha hablado de un proceso de modularización creciente durante la ontogenia (Karmiloff-Smith 1994). Junto a ello, se ha hipotetizado la existencia de múltiples módulos, incluso en el nivel de los sistemas centrales, en una suerte, para sus detractores, de neofrenología psicológica⁶. No han faltado, por último, posturas críticas que han puesto en tela de juicio la noción de especificidad de dominio y han destacado la necesidad de distinguir entre los módulos cerebrales, sobre de cuya existencia existe consenso, y los módulos psicológicos propuestos por Fodor (Bates 1994).

2.2.1.3. Los argumentos a favor del modularismo y el innatismo

Quizás el aspecto más notable del debate actual respecto de la modularidad y el innatismo es que este ha descansado en datos aportados por diversas ciencias de la mente y la conducta, abriendo un campo multidisciplinario definido antes por la naturaleza de los problemas que por las fronteras disciplinarias. Jackendoff (1993) y Pinker (1994), principalmente, presentan sendas síntesis de esta discusión, con un sesgo favorable al formalismo. En lo que sigue, expondré en forma sumaria algunos de los datos presentados por estos autores, contrastándolos con otra información, muchas veces más actual, que tiende a relativizar el peso de las pruebas reseñadas por ellos.

En primer término, los estudios de adquisición del lenguaje han ido descubriendo la existencia de períodos críticos diferenciados para el aprendizaje del nivel fonológico y el sintáctico; en otras palabras, la presencia de ciertos períodos relativamente fijos en la vida de un niño durante los cuales este puede aprender el sistema fonológico y el sistema sintáctico de su lengua materna (Jackendoff 1993, Pinker 1994, Carroll 1994, entre otros). Estos períodos críticos son análogos a los observados en otras especies, como los pinzones (Akmajan 1984). Lo interesante, en el caso que nos ocupa, es que el período es mucho más breve para la fonología que para la sintaxis. En consecuencia, aun cuando podría plantearse que los niños poseen un período general de aprendizaje, los datos parecen apoyar la idea de que estos períodos son sensibles al dominio de conocimiento y se ligan a cambios biológicos más generales en el desarrollo del niño.

Si el lenguaje constituye un módulo —o, más aun, un órgano biológico específico, para decirlo a la manera de Chomsky—, sería esperable encontrar, como ya se ha señalado, casos de malfuncionamiento lingüístico disociados de un malfuncionamiento general. Al menos desde la época del Imperio egipcio se sabe que ciertos daños cerebrales en el hemisferio izquierdo se asocian a problemas de procesamiento del lenguaje, y, a partir de los trabajos de Broca y de Wernicke, ha sido posible encontrar sitios especializados en este tipo de proceso. No obstante, en las últimas décadas las investigaciones sobre las afasias han ido mostrando que los sitios implicados en ellas trascienden las áreas tradicionales, constituyéndose verdaderas redes interconectadas (véase Damasio 1992); todavía más, recientemente se han propuesto afasias que operan en niveles no modulares de organización lingüística, como el discurso, en las que el papel del hemisferio derecho resulta crítico (Stemmer 1999). Por otra parte, y esta vez a partir de una argumentación más racionalista que empírica, Bickerton (1990) ha puesto en tela de juicio la localización específica de la sintaxis en el área de Broca, proponiendo que se encuentra distribuida por todo el cerebro humano: ¿cómo, si no, podría un afásico recuperar el lenguaje sin recuperar el sitio dañado?

Además de las afasias, se han identificado, como apoyo de la hipótesis modularista, instancias de deterioro específico del lenguaje, y casos de conservación del lenguaje por parte de sujetos con su capacidad cognitiva general muy disminuida (Jackendoff 1993, Pinker 1994). En cuanto a estos últimos, se ha investigado especialmente a los niños con síndrome de Williams, quienes, a pesar de un serio deterioro cognitivo general, poseen notables habilidades lingüísticas. Con todo, estos sujetos presentan otras habilidades sorprendentes en el campo musical, el auditivo y el social, lo que limita el alcance de la prueba. Junto a ello, su empleo del lenguaje parece ser distinto del común. Por ejemplo, en una tarea consistente en nombrar especies animales no generan respuestas con efecto de prototipicidad, es decir, en vez de nombrar a animales típicos, como la vaca o el perro, pueden nombrar animales poco comunes como el ornitorrinco. Bates (1994) ha hipotetizado que esta conducta podría obedecer a una organización distinta del léxico mental, interpretación plausible si consideramos que los modelos contemporáneos de representación y activación léxica consideran factores como la frecuencia y la prototipicidad (véase Carroll 1994).

Los casos de deterioro específico del lenguaje no han estado tampoco exentos de debate. Durante la década de 1990, un equipo dirigido por M. Gopnik, de la Universidad de McGill, investigó a una familia de sujetos normales en la que varios de sus miembros tenían serios problemas en el nivel morfológico de la lengua (cf. Pinker 1994). Según la investigadora, el patrón familiar que seguía este deterioro era semejante al de una herencia recesiva. Si bien para Pinker este caso apunta a la existencia de bases genéticas para la modularidad del lenguaje, para probar el encapsulamiento del deterioro sería necesario demostrar que efectivamente no existen otros dominios cognitivos afectados, además del lenguaje. Recientemente, un grupo de la Universidad de Oxford ha identificado un gen cuya malformación va aparejada con un deterioro del lenguaje (Lai *et al.* 2001). Un punto interesante es que, en este caso, la malformación del gen y el malfuncionamiento lingüístico respectivo se han encontrado en miembros de una misma familia y en un sujeto no relacionado. Por supuesto, de lo anterior no podemos inferir que se haya descubierto el gen del lenguaje ni que la función única de este gen, que no es "únicamente humano", tenga que ver con el lenguaje. Lo que sí se asienta con nitidez es que el lenguaje es un objeto biológico cuya manifestación en el individuo depende de factores genéticos.

2.2.1.4. Lenguaje y pensamiento

La hipótesis fodoriana de la modularidad implica también el rechazo de la llamada hipótesis Whorf-Sapir del relativismo y el determinismo lingüísticos. De acuerdo con la versión más radical de esta teoría, las estructuras lingüísticas determinan las estructuras del pensamiento, de forma tal que hablantes de lenguas con

estructuras distintas pensarán de manera diferente. En su versión popularizada (en otras palabras, la versión de Pinker), esta hipótesis propondría una relación determinista unilateral entre lengua y pensamiento; junto a ello, descansaría en una concepción convencionalista de las lenguas, según la cual estas serían sistemas de orden social capaces de variar radicalmente entre sí. Por el contrario, para los formalistas el lenguaje está encapsulado en la mente, de manera que no interfiere en los procesos cognitivos generales, y su organización responde a principios universales e innatos. Como bien ha documentado Pinker (1994), existen instancias en que claramente pensamiento y lenguaje se disocian: de un lado, los casos ya señalados de deterioro específico del lenguaje, donde parecieran conservarse las otras habilidades cognitivas (matemáticas, por ejemplo); del otro, las pruebas que muestran que no toda forma de pensamiento implica lenguaje verbal.

Si bien la existencia de formas de pensamiento espacial, por ejemplo, parece suficientemente asentada, y, por otra parte, la versión radical del relativismo/determinismo lingüístico ha sido fuertemente atacada y es minoritaria en el campo, no ocurre necesariamente lo mismo con la separación tajante entre pensamiento y lenguaje que propugnan autores como Pinker. Slobin (1990), por ejemplo, tras investigar el desarrollo gramatical infantil en diversas lenguas empleando una técnica de elicitación de relatos, ha formulado una hipótesis que denomina “pensar para hablar” (*thinking for speaking*). De acuerdo con ella, las estructuras de la lengua influirían sobre el pensamiento que se moviliza durante la tarea de hablar. Así, los hablantes de una lengua como el español, que posee una rica estructuración del dominio aspectual, se centrarían, ya a edades muy tempranas, en las fases de los procesos cuando construyen una narración. Se trata, por cierto, de una versión limitada del relativismo lingüístico que no afecta la capacidad de pensar sino el ejercicio de esa capacidad cuando la persona está sujeta a los constreñimientos del habla en tiempo real.

2.2.2. El lenguaje como objeto formal

La idea de que el lenguaje es un objeto mental no es, por cierto, nueva y se encuentra ya en Saussure, quien, al igual que Chomsky, ubica a la lingüística en el campo de la psicología. Por supuesto, al plantear que el lenguaje está en la mente, nos enfrentamos al problema del estudio de este objeto invisible. Para Saussure, el problema se resolvía proponiendo la existencia de un “sistema” social objetivamente existente, la lengua, que estaba presente, aunque de manera incompleta, en la mente de cada uno de sus hablantes y que se caracterizaba por constituir una trama estructurada de oposiciones, por así decir fosilizadas, a las que el hablante acudía para construir sus enunciados⁷. Esta suerte de “objetivismo abstracto”, para emplear la denominación usada por Voloshinov (1930/1976), permitía estudiar el lenguaje –más bien, la parte considerada central de este, la lengua–, como una estructura invariable de

unidades relacionadas entre sí, escapando del psicologismo pero alienando la lengua del sujeto hablante, como muestra el propio Voloshinov. La idea estructuralista del lenguaje como un sistema convencional con existencia independiente que se imponía a los sujetos terminaba reificando la estructura lingüística, sin hacerse cargo de cuestiones como el aprendizaje, la relación con la cognición, el problema del uso y el cambio lingüístico. Una alternativa era el introspeccionismo, que caracterizaba las unidades lingüísticas apelando a imágenes y otras representaciones que el analista describía apoyándose en un pretendido acceso privilegiado a los contenidos mentales; sin embargo, esta postura fue ampliamente criticada por la psicología conductista, que reclamó para la psicología procedimientos análogos a los de las ciencias de la naturaleza. No solo las exigencias de una metodología pública, por así decirlo, objetiva, debilitaron al introspeccionismo: por más que se intentara caracterizar el lenguaje a partir de la introspección, las complejas sutilezas de las estructuras del lenguaje escapaban a esta metodología.

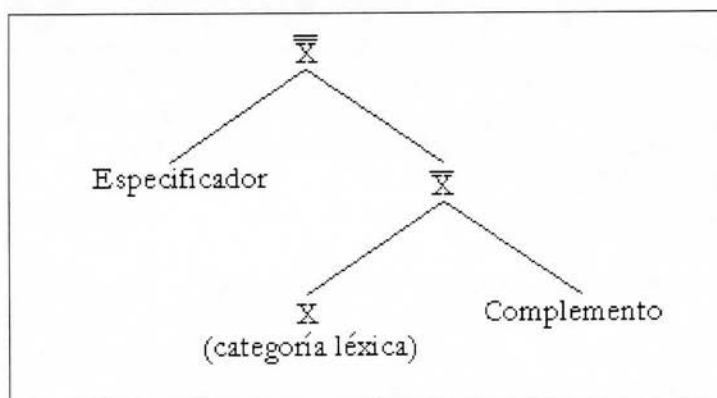
La ruptura que Chomsky estableció en este punto con sus predecesores radica, fundamentalmente, en la idea de que el lenguaje, concebido en términos representacionales constituye —en su aspecto central, la sintaxis— un mecanismo combinatorio que puede caracterizarse como un sistema formal (cf. Jackendoff 1997). En este enfoque, la sintaxis viene a constituirse en el corazón del lenguaje y se entiende como un módulo (o una serie de módulos) independiente de la semántica, que opera en la forma de reglas de producción que generan una serie de símbolos no interpretados a partir de otra serie de símbolos no interpretados (cf. Chomsky 1957/1974). En consecuencia, el sistema computacional sintáctico permite modificar ciertas representaciones sin afectar su interpretación semántica⁸. Desde un principio, se planteó que este sistema operaba a través de una serie finita de reglas de generación y transformación capaces de producir un conjunto infinito de oraciones bien formadas; no obstante, en algunas corrientes formalistas posteriores se ha privilegiado la caracterización del sistema en la forma de restricciones a la buena formación de las oraciones.

La tarea del lingüista será, por lo tanto, proponer un modelo, lo más simple posible, de la gramática mental del hablante y de la gramática universal común a la especie⁹. En la medida en que el modelo del sistema propuesto por el científico permita generar las oraciones gramaticales y solo las gramaticales de una lengua dada, podrá decirse que este sistema es adecuado al entorno; en otras palabras, el *output* del sistema de producción replicará el *output* del hablante nativo de la lengua: “La gramática de L será, pues, un ingenio que genere todas las secuencias gramaticales de L y ninguna de las agramaticales” (Chomsky 1957/1974: 27). Para alcanzar el nivel más bajo de adecuación, la observacional, la gramática deberá ser capaz de especificar qué oraciones están bien formadas en una lengua. Si junto con ello provee descripciones estructurales que respondan a las intuiciones de los hablantes nativos

de la lengua, se dirá que esta gramática posee adecuación descriptiva. Finalmente, si la teoría lingüística tiene validez universal y permite modelar una gramática con adecuación descriptiva para cada lengua, sujetándose asimismo a principios universales psicológicamente plausibles, esta teoría poseerá adecuación explicativa (cf. Radford 1988).

En la práctica, los modelos gramaticales han ido privilegiando la adecuación explicativa, de forma tal que sistemas de reglas muy complejos propuestos para caracterizar gramáticas de lenguas particulares han sido sustituidos por modelos constituidos por teorías más simples de alcance universal y, en consecuencia, psicológicamente plausibles. Se ha ido pasando, así, de las reglas a los principios. Un buen ejemplo lo constituye la teoría de X-barra que generaliza la estructura de frase. De manera muy sintética, y tal y como se ve en la Figura 1, esta teoría sostiene que toda frase X contiene al menos un núcleo de una categoría léxica específica (X). Al combinarse este núcleo con su complemento, se constituye una proyección sintáctica de primer nivel (X una barra). Esta categoría, a su vez, se combina con un especificador para formar la proyección de segundo nivel (X doble barra). Se propone que la teoría de la X-barra tiene validez universal y se aplica a todo tipo de frase, incluso a la cláusula, que pasa a entenderse también como perteneciente a esta clase.

Figura 1: Esquema de la estructura de frase en la teoría X-barra.



El esquema se incardina en tipos de frases específicos, por ejemplo, la Frase Nominal (FN). Si asumimos que la categoría léxica que desempeña papel de núcleo de una FN es el sustantivo o nombre (planteamiento, por cierto, discutible), podemos proponer, siguiendo un ejemplo clásico, que el nombre (por ejemplo, *rey*) más su complemento (por ejemplo, *de Inglaterra*) constituye una proyección de nivel 1:

rey de Inglaterra (X una barra). Al combinar X una barra con un especificador (por ejemplo, *el*) proyectamos el segundo nivel, X doble barra: *el rey de Inglaterra*. Obsérvese que entre la proyección final (*el rey de Inglaterra*) y la categoría léxica inicial (*rey*) se postula un nivel intermedio, una suerte de “pequeña frase nominal”, para emplear una denominación recurrente en la literatura (en este caso, *rey de Inglaterra*)¹⁰.

Como señalábamos más arriba, aunque en la postura formalista mentalismo y formalismo se han vinculado de modo estrecho, ambas pueden distinguirse, al menos analíticamente¹¹. Un ejemplo claro lo constituye el criterio de simplicidad y no redundancia que los generativistas imponen a las gramáticas. No es difícil pensar en que una gramática máximamente simple puede ser irreal psicológicamente, idea defendida con vigor por Langacker (1987) y sugerida también por Jackendoff (1997): aunque lo más simple pueda ser preferible desde la perspectiva de un modelo abstracto, un investigador que explora modelos empíricamente adecuados a la forma en que la mente/cerebro se representa y procesa el lenguaje debiera admitir la posibilidad de redundancias, sobre todo, si la simplicidad muchas veces implica un costo de procesamiento cognitivo superior¹². Si lo que se trata de caracterizar es un sistema psicológico real que se da en una especie biológica específica, la apuesta por un sistema computacional abstracto y máximamente simple debería estar sujeta a la contrastación empírica.

2.3. *Conclusión: un sistema de conocimiento específico formalizable*

En síntesis, el formalismo ha privilegiado el estudio del lenguaje como una forma de representación y un sistema específico de conocimiento, volcándose a la construcción de modelos sofisticados en el marco de una comprensión computacionalista de la mente, según la cual esta puede caracterizarse como un sistema de procesamiento de información¹³. Para ello, ha debido operar abstrayendo una serie de factores presentes en el uso real del lenguaje, estableciendo una distinción entre competencia (conocimiento del lenguaje) y actuación (uso de ese conocimiento). El fundamento de la abstracción es claro: si nuestros pensamientos son los responsables de nuestro actuar, esto es, en términos computacionalistas, si nuestras representaciones y procesos mentales tienen poder causal sobre nuestra conducta, existe un nivel en que tiene sentido investigar la mente individual independientemente de los factores sociales y culturales, y, más específicamente, las representaciones que posibilitan la conducta lingüística. Cuando emitimos una oración como “está lloviendo afuera” lo hacemos porque procesamos representaciones fonológicas, sintácticas, semánticas, etc., que tenemos en nuestra mente y que constituyen nuestro conocimiento del lenguaje; la tarea del lingüista adscrito al formalismo radicaría en caracterizar ese conocimiento, considerando que se investiga a un hablante oyente ideal

en una comunidad lingüística homogénea. Por supuesto, existen otros factores de tipo social y cultural que afectan el uso del lenguaje: difícilmente un paciente puede llevar la iniciativa en una consulta médica (cf. García 1993); las palabras empleadas por una dueña de casa japonesa para ofrecer el té a su invitado dependen de variables como el estatus social de este y su relación familiar con aquella (Saville-Troike 1989); sin embargo, la caracterización de estas variables sociales y culturales no sería, en principio, necesaria para el estudio del conocimiento lingüístico del japonés o del español que tienen los hablantes.

La construcción de modelos computacionalistas, abstractos y formalizados permitiría describir científicamente el conocimiento lingüístico subyacente al empleo del lenguaje, un objeto de estudio inobservable que no había podido abordarse sistemáticamente desde el introspeccionismo y que había sido excluido por el conductismo. El empleo de descripciones formalizadas ha hecho posible que quienes trabajan en esta orientación puedan avanzar con paso relativamente seguro a través de cadenas inferenciales que desembocan en planteamientos de alcance cada vez más general y cada vez más simples, los que permiten formular proposiciones que pueden contrastarse no solo con datos lingüísticos (oraciones, juicios de gramaticalidad de los hablantes nativos de la lengua en estudio), sino también con datos provenientes de la investigación psicolingüística y neurolingüística.

3. LA POSICIÓN FUNCIONALISTA

3.1. *La consideración del uso*

La apuesta formalista descansa en el supuesto de que las abstracciones realizadas permiten una caracterización científica del componente central del lenguaje; sin embargo, para los funcionalistas, al abstraer el lenguaje de las funciones que este desempeña, al no considerarlo como un instrumento de comunicación que ha ido conformándose para satisfacer ciertos fines, es más lo que se pierde que lo que se gana. A primera vista, la crítica parece repetir la vieja desconfianza del sentido común en contra de las ciencias: después de todo, la física no da ninguna respuesta sobre la experiencia subjetiva de la velocidad y la aceleración cuando manejo mi automóvil por una carretera despejada; y aunque la neurobiología describa los procesos corticales implicados en el enamoramiento o hable de las feromonas del amor, para el enamorado y el poeta siempre habrá un componente irreducible en la experiencia amorosa y en el amor como fenómeno sociocultural, una "resistencia a la teoría", para emplear la expresión que, en otro contexto, acuñó el teórico de la literatura Paul de Man. No obstante, la crítica funcionalista apunta, generalmente, a que

las idealizaciones del formalismo no son las correctas para un estudio verdaderamente científico del lenguaje.

Givón (1995), por ejemplo, critica la dicotomía *competencia/actuación*, planteando que al excluirse el uso se eliminan también las presiones funcionales adaptativas que configuran la estructura lingüística. Desde esta perspectiva, la actuación, lejos de ser prescindible para el estudio gramatical, es el lugar “donde el lenguaje se adquiere, donde la gramática emerge y cambia” (pág. 7)¹⁴; en la actuación la estructura lingüística se ajusta a nuevas funciones y a nuevas significaciones, por lo que su exclusión simplifica en exceso el objeto de estudio, empobreciéndolo. Para Givón, si la lingüística quiere operar de modo realmente científico, la actuación no debiera ser abstraída de los modelos sino controlada por ellos. Esto implica considerar la estructura del lenguaje en relación con las funciones que desempeña en el discurso y abrirse a la dimensión pragmática del lenguaje y a la variación en los distintos contextos situacionales, sociales y culturales¹⁵.

Ciertamente, los enfoques formalistas pueden aproximarse también a cuestiones comunicativas, pragmáticas y discursivas¹⁶. Lo característico del funcionalismo es la idea de que estos factores conducen el proceso de estructuración del lenguaje en todos los niveles, por lo que deben considerarse a la hora de describir y explicar nociones gramaticales como “sujeto”, “oración pasiva” y “orden”. Como señala Nichols (1984), para los funcionalistas la situación comunicativa motiva, restringe, explica o determina la estructura gramatical. Un ejemplo de aplicación bastante radical de este enfoque puede encontrarse en el análisis de la noción de “transitividad” por Hopper y Thompson (1980). La transitividad es un concepto gramatical clásico que permite distinguir, de una parte, oraciones como “Pedro corre” (intransitiva) y “Marta come una manzana” (transitiva), y, de otra, verbos como “correr” (intransitivo) y “comer” (transitivo). Normalmente, la transitividad se ha vinculado a la presencia de objeto directo en las cláusulas y a los verbos que admiten objeto directo. Para Hopper y Thompson, en cambio, la transitividad es una noción discursiva que depende de una serie de variables que tienden a concurrir en el texto (dos o más participantes, intencionalidad, movimiento, acción completada, etc.), y que se emplea en las narraciones para distinguir la información prominente o de primer plano (“la princesa derrotó al dragón”) de la información de trasfondo o de segundo plano (“un dragón dormía en el piso”)¹⁷. En síntesis, Hopper y Thompson caracterizan la transitividad apelando tanto a la frecuencia con que ciertos rasgos concurren en el discurso como a la función comunicativa que desempeña la categoría; al replantear la transitividad como un fenómeno que emerge de la concurrencia de variables, difuminan también las fronteras entre transitividad e intransitividad, estableciendo un continuo en un dominio donde tradicionalmente se habían propuesto categorías discretas.

Como muestra sintéticamente el ejemplo anterior, la consideración de datos estadísticos, el análisis de corpus extensos, el privilegio de las funciones semánticas y pragmáticas, la atención preferente al proceso comunicativo y sus contextos, y el establecimiento de categorías no discretas son características recurrentes, en mayor o menor grado, en las diversas formas de funcionalismo. Como ha planteado de Beaugrande (1994), mientras los formalistas postulan un hablante oyente ideal que, en una comunidad lingüística homogénea, produce oraciones bien formadas, los funcionalistas tienden a considerar que los hablantes y los oyentes son sujetos sociales y cognitivos que actúan siguiendo planes y metas en comunidades heterogéneas y complejas donde se dan relaciones de poder y de solidaridad. Esto ha llevado a los funcionalistas a privilegiar metodologías que operan sobre datos reales, privilegiando la inducción por sobre la deducción y la explicación en el marco de la situación comunicativa por sobre la construcción de modelos formales (Nichols 1984, de Beaugrande 1994).

3.2. Los orígenes del funcionalismo lingüístico

A diferencia del formalismo, que claramente se origina en el pensamiento de Chomsky, el funcionalismo deriva de diversas fuentes y no reconoce, en consecuencia, un padre común (cf. Nichols 1984). Desde el origen de la lingüística contemporánea, distintos autores han sostenido credos en mayor o menor medida funcionalistas. Así, en el ámbito anglosajón es posible hallar planteamientos funcionalistas en Sapir (cf. Givón 1995) y, con mayor especificidad aun, en Pike y Bolinger (Cumming y Ono 2000, Nichols 1984). En Europa, el funcionalismo ya está presente en la psicología del lenguaje introspeccionista desarrollada por Bühler (1934/1985) y en la filosofía del lenguaje bajtiniana (Voloshinov 1930/1976); sin embargo, su manifestación temprana más fructífera en la lingüística se da en la Escuela de Praga (Givón 1995, Nichols 1984, Cumming y Ono 2000), que privilegió las funciones semánticas y pragmáticas y la variedad lingüística (Sgall 1995). Nociones y líneas de investigación claves no solo en el enfoque funcionalista sino incluso en estudios formalistas nacieron o se desarrollaron en el marco de esta escuela, que ha formado parte del denominado estructuralismo europeo: la teoría de la marcadez; la estructura informativa de la oración y los conceptos de tema y rema; las funciones del lenguaje y entre ellas la poética; la teoría fonológica, etcétera.

La diversidad de fuentes es tan amplia que Givón (1995) incluye al propio Chomsky de la década de 1960, con su propuesta de una relación isomórfica “entre la estructura profunda de la oración y el significado proposicional” (pág. 7). En realidad, la idea de función está tan íntimamente ligada al lenguaje que es difícil no admitir que este presenta funciones tanto externas como internas; de ahí que Givón pueda retrotraer el origen del funcionalismo lingüístico hasta Aristóteles y Bühler

hasta Platón; de ahí también que Nuyts (1995) plantee que el estructuralismo europeo ha tenido una clara orientación funcionalista, proposición aceptable ante todo si consideramos tanto las funciones “en” el lenguaje como las funciones “del” lenguaje, para emplear la clásica distinción de Ambrosio Rabanales (cf. Contreras 1979).

3.3. *Funcionalismos*

La pluralidad de origen va acompañada de la diversidad de sentidos en que puede entenderse en lingüística el término “función”. Como señalábamos arriba, Rabanales reconoce dos grandes tipos: en el lenguaje y del lenguaje (cf. también “del lenguaje” e “intralingüísticas” en Hernández 1995). Nichols (1984), por su parte, distingue cinco sentidos fundamentales de función: como interdependencia o covariación; como propósito; como relación con el contexto ya del evento de habla ya textual; como relación de una unidad estructural con otra mayor o con la totalidad del sistema lingüístico; y como significado. De acuerdo con la autora, cada uno de estos sentidos admite una lectura en mayor o menor grado teleológica, esto es, orientada a metas. A partir de estos criterios, es posible distinguir funcionalismos más conservadores, como el de Dik, y más radicales, como el de Hopper.

En consecuencia, el propio funcionalismo constituye un continuo de tendencias que van desde un polo estructuralista hasta un límite en que se sostiene que la estructura gramatical nunca se alcanza del todo, que siempre se aplaza. En el primer extremo podemos ubicar trabajos como la “Nueva sintaxis española” de Hernández (1995), donde se propone una sintaxis que va de la función a la forma y, más generalmente, las diversas gramáticas que se preocupan del nivel de organización de la información en la cláusula, como ha señalado Gutiérrez (1997)¹⁸; en el segundo, la “Gramática emergente” del ya mencionado Hopper (1987), quien defiende la idea provocativa de que la gramática siempre está en proceso de constituirse, en otras palabras, que no existe realmente la estructura gramatical y que solo hay procesos de gramaticalización que se dan en contextos discursivos.

3.4. *Críticas contra el funcionalismo*

A pesar de su natural atractivo, el funcionalismo ha sido fuertemente criticado por los formalistas¹⁹ y ha recibido también autocríticas más o menos severas²⁰. Una de las observaciones más agudas y extendidas apunta a la discontinuidad entre lenguaje verbal humano y comunicación. En primer término, esta discontinuidad se manifiesta en que mientras los sistemas de comunicación se dan en todo el mundo animal, el lenguaje verbal humano, con sus propiedades estructurales y semánticas, es propio tan solo de nuestra especie. En segundo lugar, en que en el propio ser

humano existen sistemas de comunicación no lingüísticos, como los gestos o la proxemia²¹ y en que el lenguaje se puede emplear para fines no comunicativos (hablar solo, por ejemplo). En tercer término, y más importante aun, en que es posible encontrar disociación entre la habilidad comunicativa y la lingüística: un individuo con problemas lingüísticos severos puede ser un gran comunicador, mientras que un sujeto capaz de construir oraciones gramaticales puede tener serios impedimentos comunicativos, como ocurre con autistas.

La crítica parece indicar que difícilmente podemos establecer una relación de identidad entre lenguaje y comunicación; sin embargo, aunque esta identidad se advierte en propuestas como la de Hopper (1987), no es compartida por otras variedades de funcionalismo que reconocen la existencia de un componente estructural y cognitivo distinto del funcional. Como afirma Givón (1995), no es necesario que todos y cada uno de los componentes estructurales del lenguaje tengan una explicación directamente comunicativo-funcional. El examen detallado de los argumentos expuestos en el párrafo anterior muestra que estos no logran destruir una versión moderada de funcionalismo.

Por lo pronto, que el lenguaje posea propiedades que en conjunto lo distinguen de los sistemas de comunicación de las otras especies no significa que no existan rasgos compartidos, como muestra Akmajan (1984): las llamadas del gibón son arbitrarias tal y como, de acuerdo a Saussure, los signos lingüísticos; en la danza de las abejas hay desplazamiento referencial, propiedad característica de los signos del lenguaje. El punto crítico parece radicar en la sintaxis, como ha mostrado la investigación en primates no humanos que, siendo capaces, incluso, de productividad léxica, no logran ajustar sus emisiones a estructuras sintácticas semejantes a las de las lenguas. Por su parte, la existencia de otros sistemas de comunicación en el ser humano, más que una crítica contra el funcionalismo parece un desafío, toda vez que gran parte de esos recursos no lingüísticos coparticipan con el lenguaje en los procesos de comunicación (piénsese, por ejemplo, en el papel que desempeñan los gestos, la proxemia y la mirada en la conversación cara a cara, base indudable del intercambio lingüístico): pareciera que ciertas funciones comunicativas se dan mejor en un medio que en otro y quizás una investigación de la comunicación multimodal confirmaría que el lenguaje es especialmente apto para el dominio cognitivo, mientras que otros sistemas son más apropiados para los afectos y emociones. La proposición de que el lenguaje puede emplearse para fines no comunicativos no considera, por otro lado, que instancias como el soliloquio son excepcionales y parecen descansar sobre un modelo de comunicación diádico.

En cuanto al argumento de la disociación, siendo este potente, requiere de una precisión mayor: si el lenguaje coexiste con otros sistemas de comunicación es posible que existan solapamientos funcionales parciales, y si las funciones del lenguaje son variadas, estas también podrían afectarse en forma diferenciada. De cualquier

modo, el argumento de la disociación solo rebate la idea de que todo en el lenguaje es comunicativo. Givón (1995) argumenta, por el contrario, que en todo diseño biológico puede producirse un exceso de estructura bajo ciertas condiciones y que, si bien el surgimiento de la gramática puede estar motivado por la función, “una vez allí, la estructura formal asume su propia realidad, comunicativa, cognitiva y neurológicamente” (pág. 11).

También se ha criticado la viabilidad del funcionalismo sosteniendo que es imposible establecer las funciones del lenguaje (Nuyts 1995). Dada su oscuridad y vaguedad, los conceptos ‘función’ y ‘comunicación’ difícilmente servirían de base para una teoría científica. El punto no es menor: han existido diversas propuestas de funciones comunicativas del lenguaje tomando como base la psicología (Bühler 1934/1985), la teoría de la información (Jakobson 1956/1975) o la semiótica social (p. ej., Halliday, en Samaniego 1993), entre otras fuentes, sin que ninguna de ellas haya alcanzado aceptación universal. Más aun, desde una óptica etnográfica podría plantearse que las funciones reales del lenguaje no pueden determinarse independientemente de las culturas y que, en consecuencia, a lo más podemos contar con esquemas orientadores como los que provee la etnografía de la comunicación (cf. Saviile-Troike 1989). Sin embargo, algo similar puede decirse de los análisis estructurales y formales: tampoco en este campo se ha llegado a acuerdos universales y existen corrientes en competencia, como por lo demás ocurre normalmente en ciencia. De hecho, cuando se comparan las principales taxonomías funcionales, estas muestran semejanzas notables (cf. Samaniego 1993, Hernández 1995). Más importante aun, al observar las estructuras gramaticales a la luz de las funciones comunicativas también se logran generalizaciones (cf. Hernández 1995, quien, por ejemplo, observa en las formas de expresión de mandato regularidades funcionalmente motivadas) y se explican fenómenos raramente atendidos desde otras perspectivas (cf. Givón 1995, quien, entre otros temas, relaciona la complejidad estructural de los elementos anafóricos con la continuidad referencial).

Otra crítica común en el campo formalista es la de que las explicaciones funcionales no son válidas en ciencias y que incluso en biología habrían sido abandonadas (cf. Nuyts 1995). Nuyts contraargumenta, en cambio, planteando que las explicaciones funcionalistas son necesarias en los sistemas teleológicos, esto es, aquellos sistemas que operan con propósitos o metas, como los biológicos o el lenguaje. En el mismo sentido, y como ya se adelantó en la nota 15, para Givón (1995) la biología, “una disciplina que ha sido profundamente funcionalista durante más de dos mil años” (pág. 3), serviría como fundamento para defender el funcionalismo lingüístico. Desde Aristóteles, explica Givón, la idea de que la estructura es arbitraria y no requiere explicación externa ha estado ausente de la biología, que se ha regido por el principio del isomorfismo o correlación entre forma y función. A juicio del lingüista estadounidense, existe una separación tajante entre los estudios estructurales, válidos

en el ámbito prebiológico, y los estudios funcionales, característicos del dominio de los seres vivos, donde es necesario apelar a conceptos como “teleología”, “propósito” y “función”. El argumento de Givón cobra especial fuerza si consideramos que el lenguaje es una forma de conducta y un tipo de conocimiento específico de una especie, conclusión cada vez más clara a la luz de los hallazgos expuestos con anterioridad en el presente trabajo. Más aun, si el lenguaje es un objeto biológico, la perspectiva funcional debiera adoptarse para dar cuenta no solo de las propiedades de las lenguas sino también del desarrollo del lenguaje en la infancia²² y, por cierto, del surgimiento de la facultad del lenguaje en la especie humana; cuestión, esta última, excluida de las reflexiones lingüísticas estructuralistas y, hasta hace poco, generativistas²³, y con respecto a la cual el funcionalismo parece especialmente adecuado²⁴.

Las críticas anteriores se han empleado como apoyo de una censura más general, según la cual el funcionalismo constituiría un verdadero dogma carente de apoyo empírico (Nuyts 1995)²⁵. Más allá del hecho de que esta crítica apunta al funcionalismo radical que propone una identidad –y no una mera correlación– entre forma y función, dentro del propio campo funcionalista se ha criticado la tendencia a asumir dogmáticamente algunos supuestos y a desarrollar investigaciones confirmatorias de dudoso estatus científico (Givón 1995). En cuanto a los supuestos teóricos, Givón critica una serie de falacias que estarían en la base de muchas formas de funcionalismo. En primer lugar, de la crítica legítima a la hipótesis formalista de la arbitrariedad de la estructura, muchos funcionalistas derivarían la hipótesis reduccionista de que la estructura es completamente icónica, motivada. Como se expuso con anterioridad, en un sistema complejo como el lenguaje no toda estructura se ligará siempre a una función específica. En segundo lugar, a partir del reconocimiento de fenómenos continuos en el lenguaje, algunos funcionalistas habrían propuesto que todas las categorías lingüísticas son graduales y, en consecuencia, no discretas. Sin embargo, la negación de la proposición “todas las categorías lingüísticas son discretas” no implica la proposición “todas las categorías lingüísticas son continuas”. Como veremos más adelante, la lingüística cognitiva abordará este problema trascendiendo la dicotomía continuo-discreto.

En lo que dice relación con la metodología, Givón (1995) y de Beaugrande (1994) han defendido la necesidad de privilegiar la cuantificación y la inferencia estadística en los estudios funcionales, y de abandonar la metodología de mera extracción de fenómenos previamente hipotetizados, en la cual, tras proponer ciertas correlaciones forma-función, se recolectan datos confirmatorios en algunos textos reales para, finalmente, afirmar que la hipótesis se ha probado (Givón 1995: 20). La formulación de diseños de investigación más complejos ha apuntado, al menos, en dos direcciones. En primer lugar, y específicamente en el campo del análisis del discurso, se ha defendido el empleo de la triangulación, que combina metodologías

a fin de aclarar problemas específicos (cf. Stubbs 1987). Junto a ello, ha habido un enorme desarrollo del análisis cuantitativo de corpus extensos (la así llamada “lingüística de grandes corpus”) gracias, fundamentalmente, a nuevas tecnologías informáticas de recolección y análisis de muestras. La posibilidad de trabajar con corpus de millones de palabras y de diversos tipos o géneros textuales ha permitido formular generalizaciones inductivas potentes y descubrir, en consecuencia, correlaciones novedosas con fuerte apoyo empírico. Es difícil exagerar la importancia que este tipo de investigaciones tiene para el desarrollo de la ciencia lingüística, que a lo largo de la historia se ha caracterizado por el empleo de argumentaciones fundamentalmente racionalistas.

Finalmente, se ha criticado la escasa complejidad de los modelos cognitivos utilizados por el funcionalismo. En efecto, si bien los funcionalistas consideran el papel de los hablantes como agentes orientados a metas y capaces de generar inferencias, no ha habido mayor reflexión en torno a las restricciones cognitivas y neuropsicológicas de los modelos lingüísticos. Así, se ha planteado en los hechos un enfoque comunicativo radical que relaciona directamente la comunicación y el contexto con las propiedades estructurales del lenguaje, sin considerar el papel que desempeña la conceptualización (Duffley 1996)²⁶. Contra esta postura, el “camino medio” de Givón (1995) se ha aproximado a una posición funcional-cognitiva que recoge aportes de la psicología cognitiva y la neuropsicología²⁷. Con todo, queda por ver si el funcionalismo logrará construir modelos complejos que, integrando factores interactivos, lingüísticos y cognitivos, expliquen la relación forma-función, una meta que no ha sido alcanzada, de acuerdo con Cumming y Ono (2000).

3.5. Un ejemplo de investigación funcionalista: la deconstrucción de la dicotomía oralidad/escritura

Como se ha podido apreciar, el funcionalismo, sobre todo en las últimas décadas, ha privilegiado investigaciones cuantitativas o que integran distintas metodologías. Junto a ello, ha propiciado el estudio de los fenómenos lingüísticos en contextos discursivos reales, estableciendo relaciones entre forma y función. Un problema que ha sido de especial interés para el funcionalismo ha sido la distinción entre oralidad y escritura, dicotomía poco estudiada por el estructuralismo clásico y obliterada en el formalismo, pero que presenta indudable interés para las ciencias humanas y sociales²⁸.

En un libro ya clásico, Douglas Biber (1988) desarrolló un estudio cuantitativo y basado en un extenso corpus, que tuvo por objeto dilucidar este problema desde bases empíricas sólidas. Biber empleó dos corpus textuales, uno para los discursos orales y otro para los escritos, más un corpus menor de textos escritos no publicados.

Estos textos fueron clasificados genéricamente a partir de criterios externos ligados a los propósitos comunicativos del productor; los distintos géneros cubrieron una amplia gama de situaciones en que se daba lo oral o lo escrito. Posteriormente, se seleccionó un conjunto de 67 rasgos lingüísticos que habían sido relevados por investigaciones previas. El estudio buscó las concurrencias de los factores, empleando una metodología estadística y, a partir de estas, estableció una serie de dimensiones textuales. Se asumió que los rasgos lingüísticos concurrían en los textos porque se empleaban para un conjunto compartido de funciones comunicativas. Las dimensiones textuales descubiertas por Biber deconstruyeron la dicotomía oralidad/escritura en seis parámetros de variación: textos informativos vs. textos interactivos, textos narrativos vs. textos no narrativos, textos con referencia explícita vs. textos dependientes de contexto, textos con expresión abierta de persuasión vs. textos sin ella, textos con información abstracta vs. textos con información no abstracta, y textos con elaboración de la información *on line* vs. otros textos. Estos parámetros permitieron, a su vez, categorizar los géneros previamente establecidos. La investigación de Biber permitió configurar una caracterización de los géneros discursivos en inglés en la que se correlacionaban rasgos lingüísticos con funciones comunicativas de manera sistemática y sobre la base de un estudio empírico estadísticamente confiable.

3.6. *Funcionalismo y otras disciplinas*

Por sus propios objetivos, finalmente, el funcionalismo ha potenciado la relación entre la investigación lingüística y otras disciplinas sociales y humanas. Corrientes como el análisis conversacional o la etnografía han alimentado la investigación lingüística; esta, por su parte, ha ayudado a comprender mejor fenómenos relevantes en la sociedad contemporánea, como la interacción verbal en el aula, la organización de los textos escolares, las propiedades del discurso científico y el papel del lenguaje en la manifestación y extensión de la discriminación, entre otros muchos temas. En este sentido, el funcionalismo ha tenido una fuerte incidencia tanto en la lingüística aplicada como en el surgimiento de nuevos campos multidisciplinarios (véase, por ejemplo, van Dijk 2000 para una presentación sintética del “análisis del discurso”).

3.7. *Conclusión: los aportes del funcionalismo*

Tres parecen ser los aportes centrales del funcionalismo a la investigación del lenguaje. En primer término, la incorporación del discurso no solo como un nivel más de análisis sino como el espacio en que se manifiesta efectivamente el lenguaje y en relación con el cual se estudian los otros niveles. El abordaje de una perspectiva

discursiva ha significado asumir una visión “ecológica” del lenguaje (de Beaugrande 1994) en la que las unidades se estudian en relación con su función en el intercambio comunicativo. Esto ha llevado a repensar las categorías lingüísticas clásicas, incorporando las funciones sociales del lenguaje, la diacronía y, progresivamente, las restricciones cognitivas.

En segundo lugar, el funcionalismo ha promovido el desarrollo de metodologías de análisis cuantitativas y ha potenciado un giro desde el deductivismo formalista hacia posturas que privilegian la generalización por inducción. De especial interés ha sido, en las últimas décadas, el aporte de las tecnologías computacionales, que han permitido la recolección y el análisis de grandes corpus. De esta manera, las inferencias estadísticas han ido cobrando cada vez más peso en el razonamiento lingüístico.

En tercer término, el funcionalismo ha favorecido el desarrollo de estudios inter y multidisciplinares, y de investigaciones aplicadas que indagan en la relación entre lenguaje, cultura y sociedad. En este sentido, el funcionalismo ha conectado la investigación lingüística, o al menos parte de ella, con problemas sociales, políticos o culturales relevantes.

Con todo, el funcionalismo extremo no resiste las críticas que se le han formulado: la identidad estructura-función no logra dar cuenta de la complejidad del lenguaje. Contra un emergentismo radical, el “camino medio” de Givón (1995) parece apuntar a una convergencia entre el funcionalismo y el cognitivism. Este camino, sin embargo, también ha sido emprendido por una corriente surgida a mediados de la década de 1980: la lingüística cognitiva.

4. LA LINGÜÍSTICA COGNITIVA

4.1. *El conocimiento y el uso*

En el marco de la presente discusión, podría proponerse que la lingüística cognitiva intenta conciliar la visión del lenguaje como forma de conocimiento con la incorporación del uso en los modelos lingüísticos. En este sentido, esta orientación recoge hallazgos y tendencias provenientes de los dos enfoques anteriores, si bien abandona la formalización estricta del primero de estos y el reduccionismo comunicativo del funcionalismo extremo. Con todo, en esta sección no se sostendrá que la lingüística cognitiva supera la oposición formalismo-funcionalismo: observada desde la categorización de Nichols (1984), la lingüística cognitiva parece ser una nueva forma de funcionalismo donde la semántica desempeña un papel primordial (cf. Cuenca y Hilferty 1999, Geeraerts 1995, Lakoff 1987 y Langacker 1987, entre otros);

por otro lado, muestra debilidades en algunos aspectos en que el funcionalismo tradicional ha sido fuerte. Históricamente, la lingüística cognitiva es una suerte de reagrupación de seguidores del formalismo que, tras propiciar un fallido intento por desarrollar una semántica generativa en la década de 1970, terminaron abandonando la tradición generativista. Los lingüistas cognitivos han ido convergiendo con el funcionalismo de Givón o de Bates, que integran un componente cognoscitivo²⁹.

4.2. *Lingüística cognitiva vs. lingüística generativa*

En un sentido amplio, tanto el generativismo (o formalismo) como la lingüística cognitiva son empresas enmarcadas en la ciencia cognitiva³⁰. Ambas, sin embargo, se diferencian en algunos supuestos claves, como ha expuesto Gibbs (1996). En primer término, mientras el formalismo propone una facultad lingüística autónoma, la lingüística cognitiva plantea que la mayoría de las propiedades del lenguaje obedecen a restricciones que afectan de modo general a otros sistemas cognitivos. Se trata, por cierto, de dos hipótesis de trabajo contrastantes que deben evaluarse empíricamente respecto de cada propiedad (cf. también Cuenca y Hilferty 1999)³¹. Con todo, en la investigación real la apuesta generalista favorece la búsqueda de relaciones entre el lenguaje y otros sistemas cognitivos (Gibbs 1996). Así, la lingüística cognitiva destaca, por ejemplo, la relación existente entre rasgos de la cognición espacial y atributos del lenguaje (Talmy 1988, Langacker 1987 y Lakoff 1987, entre otros). Propiedades como el empleo de imágenes esquemáticas, funcionales en ambos dominios, derivarían de capacidades cognitivas generales como la de esquematización y la de comparación (cf. Cuenca y Hilferty 1999). La distinción entre un punto de referencia y un trayector que se localiza respecto a este cumpliría también una función importante en el lenguaje, permitiendo distinguir pares de oraciones como las siguientes:

- (1) a. La bicicleta está cerca de la casa.
b. ?La casa está cerca de la bicicleta.

Si 1.b resulta extraña es porque altera la organización figura-fondo prototípica, según la cual la bicicleta es el trayector que se ubica en relación con la casa y no a la inversa³².

Otra característica que distingue a la lingüística cognitiva es su preocupación por considerar en los análisis los contenidos específicos del conocimiento conceptual humano y no tan solo la arquitectura cognitiva (Gibbs 1996), rasgo derivado de la función clave que la categorización desempeña en este enfoque. Para los lingüistas cognitivos, el sistema lingüístico es eminentemente simbólico y, por tanto, el componente gramatical no es separable del semántico (Cuenca y Hilferty 1999).

Como plantea Geeraerts (1995), la lingüística cognitiva destaca el papel de banco de conocimiento de mundo que desempeña el lenguaje, otorgando un estatus privilegiado a la semántica en el estudio lingüístico y diluyendo la dicotomía entre semántica y pragmática a favor de una concepción enciclopédica del significado. Como veremos más adelante, en esta empresa la lingüística cognitiva recoge la crítica en contra de la categorización clásica que se deriva de las investigaciones en psicología cognitiva.

Un tercer aspecto en el que este enfoque es especialmente cognitivo dice relación con su constante incorporación de aportes, principalmente empíricos, provenientes de otras disciplinas cognitivas (Gibbs 1996). En este punto, sin embargo, los formalistas podrían contraargumentar que ellos también consideran los aportes de las otras ciencias de la mente. En realidad, ambos enfoques se vinculan, grosso modo, con dos corrientes más amplias que en la actualidad se disputan el campo de la ciencia cognitiva: el computacionalismo clásico y el conexionismo. Mientras los modelos formalistas son más próximos a la primera tendencia, la lingüística cognitiva se acerca más a la segunda³³. En todo caso, la apertura transdisciplinaria ha sido una característica especialmente notable en la lingüística cognitiva que se ha vinculado estrechamente con la psicología cognitiva, la inteligencia artificial y la antropología cognitiva, y crecientemente con los aportes de las neurociencias.

No obstante lo anterior, como se desprende de las observaciones de la sección 2, en la actualidad existen argumentos de otras disciplinas que apoyan tanto al formalismo como a la lingüística cognitiva. Posiblemente, esto se deba a que aún contamos con información muy preliminar en dominios como las neurociencias o la inteligencia artificial. También es probable que parte del problema radique en que los modelos de relación entre las descripciones lingüísticas y la información proveniente de otras disciplinas sean muy toscos, como sugieren Lakoff y Johnson (1999) al criticar lo que denominan paradigma usual:

- Nivel superior: Cognitivo
- Nivel intermedio: Neurocomputacional
- Nivel inferior: Neurobiológico

Para ellos, el modelo tripartito que vincula los niveles de descripción en ciencia cognitiva supone dar pasos gigantescos de un nivel a otro. Recientemente, Feldman (cit. por Lakoff y Johnson 1999), en el marco de un programa de investigación denominado "teoría neural del lenguaje", ha propuesto un paradigma que incorpora cinco niveles relacionados de descripción de los fenómenos cognitivos, a saber:

- Nivel 1: Ciencia cognitiva y lingüística cognitiva
- Nivel 2: Modelos computacionales convencionales reducibles a sistemas neurales

Nivel 3: Modelos conexionistas estructurados

Nivel 4: Neurociencia computacional

Nivel 5. Neurociencia.

La explicación que Lakoff y Johnson dan del modelo, plantea que el nivel 4 elabora un modelo del nivel 5, que es donde se estudia el cerebro físico, concibiendo a este como circuitos en que axones y dendritas son conexiones que se activan e inhiben según valores numéricos positivos o negativos. El nivel 3 simplifica el 4, proponiendo los circuitos estructurados más simples capaces de replicar la actividad del cerebro. En el nivel 2 se establecen sistemas computacionales que operan con mecanismos convencionales (procesamiento en paralelo y distribuido, por ejemplo), con la restricción de que estos deben ser neuralmente reductibles (págs. 570 y 571). Para los autores, este paradigma permite integrar aportes de las ciencias de la computación y la lingüística, y modelar el funcionamiento del cerebro desde la perspectiva de la cognición corporeizada (*embodied cognition*).

Un ejemplo interesante de estas relaciones entregan al exponer brevemente la proyección que se establecería entre los esquemas de control motor de alto nivel y la lógica general de los procesos y las acciones. De acuerdo con Narayan (cit. por Lakoff y Johnson 1999: 581-582), estos esquemas presentarían una misma estructura de sistema de control básica, la que se puede modelar en sistemas computacionales convencionales:

Ingreso al estado de “estar listo” (*readiness*)
 Estado inicial
 Proceso de inicio
 Proceso principal (instantáneo o prolongado)
 Opción de detenerse
 Opción de reanudar
 Opción de repetir (iterar) o continuar el proceso principal
 Revisión para ver si se ha alcanzado la meta
 Proceso de término
 Estado final

Lo notable desde la perspectiva lingüística es que este esquema resulta adecuado para una categoría gramatical fundamental: el aspecto. Tradicionalmente, en los estudios gramaticales se ha reconocido que el proceso verbal puede presentarse en diversas fases: incoativa (su inicio), durativa, repetitiva o frecuentativa, conclusiva, etc.³⁴. En el marco de la teoría de las metáforas conceptuales de Lakoff y Johnson (ver más abajo), esta relación podría obedecer a una proyección metafórica del dominio del control motor al del aspecto lingüístico.

La relación entre la lingüística cognitiva y otras disciplinas cognoscitivas también se ha orientado desde aquella a estas. Lakoff y Johnson (1999), por ejemplo, exploran el papel de las metáforas conceptuales en el desarrollo de ciertas ideas filosóficas básicas. En el contexto latinoamericano, Núñez, Neumann y Mamani (1997) caracterizan la concepción del tiempo en los aymaras a partir de esta misma teoría, mientras que Bialagorski (en prensa) emplea el modelo de categorización basado en el uso de Langacker (ver más abajo) para estudiar las representaciones simbólicas de los inmigrantes coreanos en Buenos Aires. En lo que dice relación con el desarrollo ontogenético, por último, Mandler (1992) explora el papel de las imágenes esquemáticas, posibilidad también expuesta en Karmiloff-Smith 1994³⁵. Estos pocos ejemplos muestran el impacto que las exploraciones en lingüística cognitiva han tenido en diversos dominios y sugieren proyecciones para este enfoque aún reciente en el campo.

De especial relevancia para la presente exposición es el contraste entre los modelos de la competencia lingüística, característicos del formalismo, y los “modelos basados en el uso” de la lingüística cognitiva. Mientras los formalistas excluyen la actuación y se concentran en un sistema de conocimiento idealizado, la lingüística cognitiva propone modelos flexibles que integran semántica y pragmática. Probablemente el más exitoso de estos es el modelo de categorización lingüística desarrollado por Langacker (1987, 1988). Según este, la categorización opera en diversos niveles de esquematicidad, empleando la abstracción a partir de esquemas complejos, la elaboración de esquemas más simples en más complejos y la extensión a nuevos dominios a partir de procesos como la proyección metafórica. Se constituye así una estructura reticular compleja que permite la coexistencia de representaciones intrínsecamente más simples (esto es, más esquemáticas) y psicológicamente más sencillas (prototípicas) con representaciones de distinto nivel de especificidad surgidas en la interacción lingüística. Gracias a su sencillez y flexibilidad, el modelo de Langacker recoge el dinamismo observable en el lenguaje en uso; junto a ello, permite hacerse cargo sistemáticamente de algunas observaciones contra la sistematicidad formuladas por Hopper (1987), entre ellas, la importancia de la repetición en el discurso y su papel en el surgimiento de las unidades gramaticales; la variación que las construcciones van experimentando a medida que se emplean; y la relación directamente proporcional entre uso y grado de estructuración de una unidad. Sin llegar a negar la mediación de las estructuras mentales como hace Hopper, Langacker logra proponer un modelo de espíritu conexionista, sensible al uso, la gradualidad, las proyecciones metafóricas y los niveles de categorización³⁶. Sin limitarse a la competencia, este modelo tampoco se propone como una representación de la actuación según los formalistas; antes al contrario, redefine esta oposición proponiendo un modelo simple en el que coexisten representaciones muy esquemáticas y muy elaboradas que tratan de adecuarse a esa “sistematicidad relativa” que observamos en el

lenguaje. Aunque el modelo no parece en sí mismo dinámico –es simplemente una red–, en él la creatividad radica en el propio sujeto hablante.

Finalmente, y de manera sobre todo clara en los trabajos de Lakoff, la lingüística cognitiva adopta una perspectiva filosófica experiencialista que se opone a lo que este autor denomina el objetivismo de los formalistas. Para Lakoff, el realismo objetivista, que caracteriza la cognición apelando a computaciones abstractas, debe ser sustituido por un realismo experiencialista en el que la dicotomía mente-cuerpo se diluya y los procesos cognitivos se entiendan enraizados en las propiedades del cuerpo y la interacción de este con el medio (cf. Lakoff 1987). Precisamente, la teoría de las metáforas conceptuales pretende establecer nexos entre la experiencia corpórea humana y la cognición abstracta; así, por ejemplo, los esquemas que surgen de nuestra experiencia como seres que vivimos y nos desplazamos por el espacio se proyectan a nuestra cognición del tiempo, en que el futuro es visto ya como una meta a la que nos dirigimos ya como un vehículo que se dirige hacia nosotros: “vamos llegando a la Pascua”, “la Pascua se nos viene encima”; y en la forma ya gramaticalizada de futuro analítico típica del español: “voy a comprarme un auto”, donde el hablante simplemente comunica que realizará en el futuro la acción de comprar. En nuestro modelo espacializado del tiempo, nosotros miramos hacia el futuro, que se representa como un lugar o un objeto; sin embargo, los trayectores podemos ser nosotros o el propio futuro, ambas posibilidades están abiertas e incluso pueden dar lugar a ambigüedad: “... cómo, a nuestro parecer, cualquiera tiempo pasado fue mejor”³⁷. Núñez, Neumann y Mamani (1997) muestran que los aymaras, en cambio, se representan metafóricamente el futuro a sus espaldas, lo que no deja de tener sentido: solo resulta evidente lo que ya fue. Una evaluación de la oposición entre experiencialismo y objetivismo sobrepasa tanto las metas de este trabajo como mi competencia; en consecuencia, me limitaré a presentar la tabla que incluyen Cuenca y Hilferty (1999), en la que se sintetizan las propiedades contrastantes de ambas “concepciones de la cognición” (pág. 15). En todo caso, resulta sugerente –para quien, como yo, no es filósofo– leer esta diferencia a partir de la periodización de las ciencias cognitivas propuesta por Francisco Varela (1988): mientras el objetivismo se liga al paradigma cibernético y al cognitivista, el experiencialismo de Lakoff se vincula con el paradigma emergente y el enactivo.

Tabla 1: Dos concepciones del pensamiento (tomado de Cuenca y Hilferty 1999: 16)

<i>Objetivista</i>	<i>Experiencialista</i>
<ul style="list-style-type: none"> • pensar es manipular símbolos abstractos, que se relacionan directamente con el mundo • el pensamiento es independiente del cuerpo humano • el pensamiento es atomístico • el pensamiento es lógico y puede ser formalizado y descrito a partir de valores de verdad 	<ul style="list-style-type: none"> • el pensamiento responde a una estructura ecológica • el pensamiento tiene carácter corpóreo, es decir, se basa en la experiencia corporal humana • el pensamiento tiene propiedades gestálticas • el pensamiento es imaginativo y solo puede describirse por modelos cognitivos

4.3. Categorías y prototipos

De lo hasta aquí expuesto puede deducirse que la lingüística cognitiva se ocupa especialmente de la categorización en el lenguaje. A los modelos basados en el uso, se suman otros modelos de categorización que incorporan la variable semántica y que, en gran medida, ya han aparecido en esta discusión: las imágenes esquemáticas, las metáforas conceptuales y los mapeos metafóricos, las metonimias y los modelos cognitivos idealizados, entre otros.

Un punto importante de las categorizaciones propuestas por este enfoque radica en que intentan hacerse cargo de resultados experimentales que, a partir de las investigaciones de Rosch (Lakoff 1987, Cuenca y Hilferty 1999, entre otros), fueron mostrando que existían efectos de tipicidad que no podían explicarse en el marco de la categorización clásica. Laurence y Margolis (1999) exponen el problema: si los miembros de una categoría se incluyen en ella por la posesión de rasgos independientemente necesarios y conjuntamente suficientes, se esperará que todos ellos tengan el mismo estatus en la categoría; sin embargo, distintos tests psicológicos y lingüísticos muestran una conducta sesgada: los sujetos pueden calificar a los miembros como más típicos o no respecto de una categoría (de “fruta”, “manzana” vs. “tomate”); solo los miembros menos típicos admiten el empleo de algunos *hedges* (“en estricto sentido, la ballena es un mamífero” vs. “? en estricto sentido, el perro es un mamífero”); tareas de decisión léxica son afectadas por la prototipicidad de la

instancia (se verifica más rápidamente la proposición “el gorrión es un ave” que la proposición “el pingüino es un ave”); en proposiciones el elemento no prototípico sirve de figura o trayector y el prototípico de punto de referencia (“Corea es como China” vs. “? China es como Corea”), etc. Estos y otros efectos de tipicidad han llevado a cuestionar la teoría clásica de categorización.

No obstante, en las tendencias más relevantes de la lingüística cognitiva lo anterior no ha significado la sustitución de las teorías clásicas por teorías prototípicas que organicen las categorías alrededor de mejores ejemplares reales o ideales, toda vez que las propias teorías de prototipos tienen serios problemas con la composicionalidad y con efectos de tipicidad manifiestos en categorías que evidentemente carecen de estructuración interna, como los números primos (Laurence y Margolis 1999). En cambio, se han propuesto modelos de representación del conocimiento como los modelos cognitivos idealizados, que organizarían nuestro conocimiento enciclopédico simplificando la realidad. Del desajuste entre estos modelos y la realidad emergerían los efectos prototípicos (Lakoff 1987).

4.5. Conclusión: categorías, interacción con las disciplinas cognoscitivas, modelos basados en el uso y antimodularismo

Cuatro características destacan, a mi juicio, al evaluar el aporte de la lingüística cognitiva. En primer lugar, el énfasis que adquiere en este enfoque la categorización. El lenguaje es visto ante todo como un sistema de categorías y no como una serie de reglas o de principios, lo que difumina las fronteras entre léxico, morfología y sintaxis. Si bien la categorización en un principio privilegió el léxico por sobre los otros niveles, en los últimos años se han desarrollado enfoques oracionales sofisticados como la gramática de construcciones³⁸, que viene a sumarse a la gramática cognitiva de Langacker (1987) y a la teoría de las metáforas conceptuales de Lakoff (1987) y Lakoff y Johnson (1999). La proposición de modelos de categorización que se hacen cargo tanto de los hallazgos en psicología cognitiva como de los análisis críticos del enfoque de prototipos muestra que esta orientación se relaciona estrechamente con los aportes de otras disciplinas cognitivas.

En relación con la proposición anterior, un segundo rasgo destacable radica en la interacción que los lingüistas cognitivos han desarrollado en el marco de las disciplinas de la mente. Así, por ejemplo, la teoría de las metáforas conceptuales se ha mostrado fructífera en el estudio de problemas filosóficos, políticos y antropológicos, entre otros; los estudios de Talmy, Langacker y Lakoff han puesto en evidencia las estrechas conexiones entre la cognición espacial y el lenguaje; la teoría neural del lenguaje ha provisto un nuevo marco para relacionar las indagaciones en ciencias que operan en niveles más altos, como la lingüística, y más bajos, como las neurociencias.

En tercer lugar, el desarrollo de modelos basados en el uso ha diluido la oposición entre competencia y actuación, proponiendo que los seres humanos, al categorizar, operan en distintos niveles de abstracción, generalización y especificación; consideran factores de uso y contexto como la frecuencia; y proyectan las categorías a nuevos dominios cognitivos empleando extensiones metafóricas. Esta visión flexible y dinámica del lenguaje ha ido acompañada, en el caso de Langacker, por la sustitución de la tesis de un sistema creativo de reglas por un sistema abierto de categorías donde la creatividad reside en el sujeto.

Finalmente, la lingüística cognitiva ha estado marcada por una posición antimodularista, según la cual el lenguaje no sería un sistema de conocimiento específico sino un sistema interrelacionado con la cognición general. Como se indicó más arriba, este planteamiento debería entenderse como un punto de partida para las investigaciones y no como un dogma. De hecho, entre las hipótesis de un módulo lingüístico de tipo fodoriano y un sistema lingüístico integrado en la cognición general es posible encontrar posturas intermedias. Ya Talmy (1988) destacaba que no toda la cognición se relaciona con las estructuras del lenguaje: mientras nociones como la cantidad, la perspectiva y los límites tienen importantes efectos gramaticales, los colores no inciden en la organización del lenguaje (no hay, por ejemplo, morfemas que establezcan concordancia de color). Si el cerebro está efectivamente modularizado, si existen conexiones entre áreas y si el lenguaje es un objeto biológico, no sería extraño que este se hubiera desarrollado a partir de la movilización de ciertos recursos neurocognitivos que desempeñaban otras tareas. Un enfoque de este tipo contrastaría tanto con el modularismo fodoriano como con una visión holística de la mente.

Por otro lado, aun cuando la lingüística cognitiva parece transitar por el "camino medio" propuesto por Givón (1995), su programa ha presentado, al menos hasta hace poco, ciertos puntos débiles en comparación con el funcionalismo tradicional. En primer lugar, el tratamiento del discurso y de los fenómenos discursivos ha sido relativamente escaso, a pesar de que ya Lakoff (1987) proponía explicar la coherencia de los relatos a partir de una imagen esquemática de vínculo³⁹. Por otra parte, si bien se ha incorporado productivamente la investigación en inteligencia artificial, parecen faltar en la lingüística cognitiva estudios estadísticos que operen sobre corpus extensos como ocurre en el funcionalismo. En esto, la mayor parte de la lingüística cognitiva, tal y como los formalistas, parece contentarse con el modelo del lingüista de escritorio. El menor nivel de formalización que se observa en esta tendencia respecto del formalismo obedece, en cambio, a una postura según la cual el lenguaje no debe ser caracterizado mediante modelos abstractos que excluyen el significado. Aun cuando la formalización es un ideal en ciencias, a veces se corre el riesgo de formalizar prematuramente en disciplinas que no tienen la suficiente madurez. Como apunta Givón (1995), en las ciencias los modelos deben controlar la

Cultural Criticism – Reinterpreting a Continent / Hacia una crítica cultural latinoamericana), Perus evalúa las contribuciones que durante la segunda mitad del siglo XX hicieron al conocimiento de las culturas y literaturas latinoamericanas Alejandro Losada, Ángel Rama y Antonio Cornejo Polar.

Si el trabajo de Perus hace de puente entre los estudios histórico-culturales y los literarios, el de Sergio Mansilla Torres, poeta y profesor de la Universidad de Los Lagos, se ocupa de estos últimos exclusivamente. Le interesa a Mansilla la relación entre la literatura, su estudio y la “conciencia humanística de la sociedad chilena” y pone énfasis en la preocupación que le produce la pérdida de relevancia de la asignatura respectiva en el *currículum* de la educación nacional y, en particular, en el cuadro de exigencias generado por la reforma de los años noventa.

Las direcciones de la lingüística durante las tres o cuatro últimas décadas, escindida entre el “formalismo” y el “funcionalismo”, y la posible superación de esa dicotomía en algunos de los trabajos más próximos a nosotros, es el tema de Guillermo Soto. Opina Soto que desde hace cuarenta años los estudios lingüísticos “han avanzado enormemente en la comprensión de fenómenos tan complejos como la adquisición del lenguaje, la representación de las oraciones o el uso figurativo” y que si en las décadas que vienen se mantiene ese mismo ritmo de productividad “nuestra comprensión del lenguaje y de su relación con el hombre, la sociedad y la naturaleza alcanzará complejidades insospechadas”.

El tercer grupo de artículos entra de lleno en la conexión entre las humanidades y las nuevas tecnologías de la información y las comunicaciones (TIC). Parte con un trabajo panorámico de Juan Rojo, investigador de CEPAL, en el que éste pone de manifiesto lo poco que se ha logrado avanzar al respecto en América Latina y El Caribe *vis-à-vis* lo sucedido al mismo tiempo en otras regiones del mundo y el “largo camino que aún se debe recorrer”. Al trabajo de Rojo sigue otro de Eduardo Escalante G., académico de la Universidad de Playa Ancha, interesado éste en las posibilidades que la introducción de las TIC abren en el terreno educacional y en la lucidez con que es preciso enfrentarse a la “multiplicidad y variedad de las innovaciones o cambios”. El artículo que sigue, dentro de esta misma tónica, pertenece a nuestro colaborador Álvaro Bisama. Nuevamente, el problema de fondo lo constituye aquí el cambio de escenario epistémico originado en virtud del advenimiento de una nueva era tecno-informática y tecno-comunicacional y los riesgos que él involucra. En veinte años, nos dice Bisama, nuestra ciudad ha dejado de ser la “ciudad letrada” de la que habló Rama en los ochenta, para convertirse, cada vez más, en una “ciudad hipertextualizada”. Las implicaciones que ello entraña en términos de la distribución del poder pone fin a su meditación. El cuarto y último trabajo de este segmento pertenece a Luz Ángela Martínez y a Javier Bello. Se refieren estos investigadores directamente a “las zonas problemáticas que entablan las humanidades, en tanto

empresas. Por otro lado, es posible que en el marco de la globalización actual se intensifique aun más el predominio estadounidense en la investigación lingüística, punto sobre todo delicado en América Latina si se considera el apoyo dado por los países de esta región a las ciencias humanas.

Violeta Demonte ha sugerido que en el futuro se verán modelos integradores que tomen en cuenta tanto los hallazgos del formalismo como los del funcionalismo⁴¹. Es posible que algunos aportes desarrollados en la lingüística cognitiva o en el generativismo a la manera de Jackendoff, apunten en esa dirección; no obstante, existen aún supuestos fundamentales no compartidos, como la validez de la distinción competencia/actuación o del computacionalismo abstracto, que dificultan un camino sencillo en esta materia. Quizás los modelos integradores surjan a partir de problemas complejos respecto de los cuales no se planteen cuestiones de principios, en un camino "de abajo hacia arriba"; quizás los modelos formales admitan una interrelación con explicaciones funcionales, como podría leerse que se sugiere en Pinker y Bloom (1990). Otra posibilidad, en todo caso, es una mayor diversificación de los programas de investigación en lingüística y el establecimiento de un campo pluralista, donde no exista una tendencia hegemónica.

Las investigaciones lingüísticas han tenido un impacto que trasciende el de los especialistas. La aceptación de que el lenguaje es un objeto biológico ha ido aparejada a una crítica de la vieja distinción entre naturaleza y cultura. Más allá de las diferencias entre los enfoques, esta mirada crítica es compartida por formalistas, lingüistas cognitivos y funcionalistas como Givón. Lakoff, por su parte, ha puesto en el tapete el problema de la relación entre el cuerpo y la mente, desarrollando un programa de investigación que pretende caracterizar no solo el lenguaje sino la cognición humana en general a partir de mapeos que conectan dominios experienciales más básicos, muchas veces inatos, y fuertemente arraigados en la biología y la experiencia humanas, con dominios más abstractos. La reflexión sobre las categorías promete tener un impacto profundo en disciplinas que estudian al hombre y la sociedad, como ya se empieza a advertir. La preocupación funcionalista por los efectos sociales del lenguaje en fenómenos como la discriminación ha tenido consecuencias políticas, sobre todo en el primer mundo, y es posible que otras aplicaciones como la lingüística educacional tengan un efecto semejante. Ha habido, también, una participación importante de lingüistas en el desarrollo de tecnologías del habla, y basta con leer la lista de trabajo de *Linguist* para advertir el peso de la lingüística computacional en el mercado.

En resumen, la lingüística ha constituido, en las últimas décadas, un campo diversificado donde han surgido distintas alternativas que han entrado en conflicto. Parafraseando a Saussure, ha estado a caballo entre diversos dominios, pero esta pluralidad ha potenciado un escenario científico crítico y penetrante. En cuarenta años se ha avanzado enormemente en la comprensión de fenómenos tan complejos

como la adquisición del lenguaje, la representación de las oraciones o el uso figurativo; sin embargo, paradójicamente, en cada uno de estos temas es más, aun, lo que no sabemos hoy. Los caminos futuros de la lingüística estarán, posiblemente, poblados de desvíos, de hallazgos fortuitos, de calles sin salida, de modelos antagónicos, de nuevas relaciones con otras disciplinas y de síntesis integradoras. Si las próximas décadas son tan fructíferas como las pasadas, nuestra comprensión del lenguaje y de su relación con el hombre, la sociedad y la naturaleza alcanzará complejidades insospechadas.

REFERENCIAS

- Akmajan, A. (1984), *Lingüística: una introducción al estudio del lenguaje y la comunicación*. Madrid: Alianza.
- Barbe, K. (1995), *Irony in Context*. Amsterdam/Filadelfia: John Benjamins.
- Bates, E. (1994), "Modularity, domain specificity and the development of language". *Discussions in Neuroscience*, N° 10, pp. 136-149.
- de Beaugrande, R. (1994), "Function and form in language theory and research: The tide is turning". *Functions of Language* 1/2, pp. 163-200.
- Bialagorski, M. (en prensa), "La configuración simbólica de una experiencia migratoria: coreanos en Buenos Aires". En G. Soto (ed.), *Discurso para el cambio*. Selección de artículos presentados durante el "Tercer Coloquio Latinoamericano de Estudios del Discurso". Santiago de Chile, 5 a 9 de abril de 1999.
- Bickerton, D. (1990), *Language and Species*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Bocaz, A. y G. Soto. (1999), "Esquemas cognitivos en el origen de la marcación aspectual en el discurso: el caso de estar subido". En J. L. Cifuentes (ed.), *Estudios de lingüística cognitiva*, vol. 1. Alicante: Universidad de Alicante.
- Bühler, K. (1934/1985), *Teoría del lenguaje*. Madrid: Alianza Editorial.
- Carroll, D. (1994), *Psychology of Language*. Pacific Grove, CA. Brooks/Cole. 2ª ed.
- Chomsky, N. (1957/1974), *Estructuras sintácticas*. México: Siglo XXI.
- Chomsky, N. (1985), "Cambios de perspectiva sobre el conocimiento y uso del lenguaje". En A. Alonso-Cortés, *Lecturas de lingüística*. Madrid: Cátedra.
- Contreras, L. (1979), *Lengua y estructura*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Cuenca, M. J. y J. Hilferty (1999), *Introducción a la lingüística cognitiva*. Barcelona: Ariel.

- Cumming, S. y T. Ono (2000), En T. Van Dijk (comp.) *El discurso como estructura y proceso. Estudios del discurso: introducción multidisciplinaria*, vol. 1. Barcelona: Gedisa.
- Damasio, A. (1992), "Aphasia". *The New England Journal of Medicine* 326 (8), pp. 531-539.
- van Dijk, T. (2000), "El estudio del discurso". En T. Van Dijk (comp.), *El discurso como estructura y proceso. Estudios del discurso: introducción multidisciplinaria*, vol. 1. Barcelona: Gedisa.
- Duffley, P. (1996), "Is communicative function the fundamental determinant of language structure?" *Word* 47 (2), pp. 149-159.
- Edmonson, J. y D. Burquest (1992), *A Survey of Linguistic Theories*. Dallas, Texas: The Summer Institute of Linguistics.
- Fodor, J. (1980), *The Modularity of Mind: An Essay on Faculty Psychology*. Cambridge, Ma.: MIT Press.
- Gardner, H. (1988), *La nueva ciencia de la mente. Historia de la revolución cognitiva*. Barcelona: Paidós.
- García, R. (1993), *Actos de habla en el coloquio médico*. Tesis para optar al grado de magíster en lingüística (inédita). Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Geeraerts, D. (1995), "Cognitive linguistics". En J. Verschueren, J-O Ostman y J. Blommaert (eds.), *Handbook of Pragmatics. Manual*. Amsterdam: John Benjamins.
- Gibbs, R. (1994), *The Poetics of Mind: Figurative Thought, Language and Understanding*. Cambridge, Nueva York, Melbourne: Cambridge University Press.
- Gibbs, R. (1996), "What's cognitive about cognitive linguistics?" En E. Casad (ed.), *Cognitive Linguistics in the Redwoods*. Berlín: Mouton de Gruyter.
- Givón, T. (1995), *Functionalism and Grammar*. Amsterdam/Filadelfia: John Benjamins.
- Gutiérrez, S. (1997), *Temas, remas, focos, tópicos y comentarios*. Madrid: Arco Libros.
- Hernández, C. (1995), *Nueva sintaxis de la lengua española*. Salamanca: Ediciones Colegio de España.
- Hopper, P. (1987), *Emergent grammar*. Berkeley Linguistic Society, vol. 13. Berkeley, pp. 139-157.
- Hopper, P. y S. Thompson (1980), Transitivity in grammar and discourse. *Language* 56 (2), pp. 251-299.

- Jackendoff, R. (1993), *Patterns in the Mind*. Londres: Harvester-Wheatsheaf.
- Jackendoff, R. (1997), *The Architecture of the Language Faculty*. Cambridge, Ma.: MIT Press.
- Jakobson, R. (1956/1975), *Lingüística y poética. Ensayos de lingüística general*. Barcelona: Seix Barral.
- Karmiloff-Smith, A. (1994), *Más allá de la modularidad*. Madrid: Alianza Editorial.
- Kintsch, W. y T. van Dijk (1978), "Toward a model of text comprehension and production". *Psychological Review* 85 (5), pp. 213-345.
- Lai, C., S. E. Fisher, J. A. Hurst, F. Vargha-Khadem, A. P. Monaco (2001), "A forkhead-domain gene is mutated in a severe speech and language disorder". *Nature* 413, pp. 519-523.
- Lakoff, G. (1987), *Women, Fire and Dangerous Things*. Chicago: University of Chicago Press.
- Lakoff, G. y M. Johnson (1999), *Philosophy in the Flesh*. Nueva York: Basic Books.
- Lakoff, R. (1973/1998), "La lógica de la cortesía, o acuérdate de dar las gracias". En M. T. Julio y R. Muñoz (comps.), *Textos clásicos de pragmática*. Madrid: Arco Libros.
- Landau, B. y R. Jackendoff (1993), "What" and "Where" in spatial language and spatial cognition. *Behavioral and Brain Sciences* 16, pp. 217-238.
- Langacker, R. (1987), *Foundations of Cognitive Grammar*, vol. 1. Stanford: Stanford University Press.
- Langacker, R. (1988), "A usage-based model". En B. Rudzka-Ostyn (ed.), *Topics in Cognitive Linguistics*. Amsterdam: John Benjamins.
- Laurence, S. y E. Margolis (1999), "Concepts and cognitive science". En E. Margolis y S. Laurence, *Concepts. Core Readings*. Cambridge Ma.: The MIT Press.
- MacWhinney, B. y E. Bates (1990), "Welcome to functionalism: Comment on S. Pinker & P. Bloom 'Natural language and natural selection'". *Behavioral and Brain Sciences* 13 (4), pp. 727-728.
- Maldonado, R. (1993), "La semántica en la gramática cognoscitiva". *Revista Latina de Pensamiento y Lenguaje*. 1 (2), pp. 157-181.
- Mandler, J. (1992), "How to build a baby". *Psychological Review* 99 (4), pp. 587-604.
- Mugica, N. y Z. Solana (1989), *Gramática modular*. Buenos Aires: Hachette.
- Nichols, J. (1984), "Functional theories of grammar". *Annual Review of Anthropology* 13, pp. 97-117.

- Núñez, R., V. Neumann y M. Mamani (1997), "Los mapeos conceptuales de la concepción del tiempo en la lengua aymara del norte de Chile". *Boletín de Educación de la Universidad Católica del Norte* 28, pp. 47-55.
- Nuyts, J. (1995), "Functionalism vs. Formalism". En J. Verschueren, J-O Ostman y J. Blommaert (eds.), *Handbook of Pragmatics. Manual*. Amsterdam: John Benjamins.
- Pinker, S. (1991), "Rules of language". *Science* 253, pp. 530-535.
- Pinker, S. (1994), *The Language Instinct*. Londres: Penguin.
- Pinker, S. y P. Bloom (1990), "Natural language and natural selection". *Behavioral and Brain Sciences* 13, pp. 707-784.
- Radford, A. (1988), *Transformational Grammar*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Samaniego, J. L. (1993), "Usos, funciones y significados según Halliday". En A. Matus (ed.), *Lingüística hoy*. Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Saville-Troike (1989), *The Ethnography of Communication: An Introduction*. Oxford: Blackwell, M.
- Sgall, P. (1995), "Prague school". En J. Verschueren, J-O Ostman y J. Blommaert (eds.), *Handbook of Pragmatics. Manual*. Amsterdam: John Benjamins.
- Slobin, D.I. (1990), "Learning to think for speaking : Native language, cognition and rhetorical style". En A. Bocaz (ed.), *Actas del "Primer simposio sobre cognición, lenguaje y cultura: diálogo transdisciplinario en ciencias cognitivas"*. Santiago: Universidad de Chile.
- Soto, G. (1996), "El papel de los esquemas en la representación de la información espacial por el lenguaje". *Lenguas Modernas* 23, pp. 25-48.
- Soto, G. (1997), "Modelos y problemas: una reflexión sobre la enseñanza de la gramática". *Onomazein* 2, pp. 387-398.
- Soto, G. y R. García (1997), "Una visión del problema del origen del lenguaje en las ciencias cognitivas". *Lenguas Modernas* 24, pp. 5-43.
- Soto, G. y D. Muñoz (1999-2000), "Construcciones medias de alta transitividad en español: un enfoque cognitivo-discursivo". *Lenguas Modernas* 26-27, pp.185-208.
- Sperber, D. y D. Wilson (1986), *La relevancia: Comunicación y procesos cognitivos*. Madrid: Visor.
- Stemmer, B. (1999), "Discourse studies in neurologically impaired populations: A quest for action". *Brain and Language* 68 (3), pp. 402-418.
- Stubbs, M. (1987), *Análisis del discurso*. Madrid: Alianza Editorial.

- Talmy, L. (1978), "Figure and ground in complex sentences". En J. Greenberg, C. Ferguson y E. Moravcsik (eds.), *Universals of Human Language*, vol. 4. Stanford: Stanford University Press.
- Talmy, L. (1988), "The relation of grammar to cognition". En B. Rudzka-Ostyn (ed.), *Topics in Cognitive Linguistics*. Amsterdam: John Benjamins.
- Varela, F. (1988), *Conocer*. Barcelona: Gedisa.
- Voloshinov, V. (1930/1976), *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*. Buenos Aires: Nueva Visión.

NOTAS

- ¹ Algunas de las reflexiones contenidas en el presente trabajo, específicamente las relacionadas con el funcionalismo y el cognitivismo, se desarrollaron en el marco del proyecto DID SOC-01/01-2. Parte importante de la información ha sido expuesta y discutida, en distintos cursos, con mis estudiantes de la Universidad de Chile y de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Mis conversaciones con Aura Bocaz, Ricardo García, María Elena Moll, Scott Sadowsky y Carlos Zenteno me han ayudado, también, a aclarar diversos temas que ahora se presentan en este texto. Agradezco a todos ellos la generosidad intelectual que han demostrado. Por supuesto, los errores son del autor.
- ² En consecuencia, el término "formalismo" no hace justicia a los dos ejes de este enfoque. Se mantiene, empero, considerando el uso generalizado.
- ³ Esta proposición es sobre todo cierta respecto del estructuralismo norteamericano, pero, según Chomsky, alcanza también al europeo (véase Chomsky 1985).
- ⁴ En palabras de Chomsky: "La facultad del lenguaje es un sistema diferenciado en la mente/cerebro, con un estado inicial *So* común a la especie (en una primera aproximación, prescindiendo de los casos patológicos, etc.) y aparentemente exclusivo de la especie en ciertos aspectos esenciales. Dados los datos apropiados, esta facultad pasa del estado *So* a algún estado relativamente estable *Ss*, siendo este último lo que constituye un lenguaje-*I*" (1985: 173).
- ⁵ Se trata de la noción chomskiana de gramática modular, según la cual esta se constituye de subsistemas, como la teoría de recepción y caso, la teoría de ligamiento y la teoría de control, entre otras (véase Mugica y Solana 1989).
- ⁶ Landau y Jackendoff (1993) proponen, por ejemplo, un módulo de representación espacial amodal que recibiría *inputs* de otros módulos, como el lingüístico. Para una síntesis en español de esta postura, y de otras contrastantes sobre la materia, cf. Soto 1996.
- ⁷ Si ya la caracterización del formalismo y el funcionalismo es una síntesis simplificadora que pasa por alto muchísimos detalles y diferencias internas, más esquemático aún resulta este brevísimo esbozo de estructuralismo cuya única función es favorecer el contraste con la propuesta formalista.
- ⁸ Aquí encuentra lugar la famosa oración de Chomsky (1957/1974), "las ideas verdes incoloras duermen furiosamente" (*colorless green ideas sleep furiously*). Para Chomsky, esta oración, siendo absurda, está sintácticamente bien formada y contrasta con otra, igualmente absurda pero mal formada: *furiously sleep ideas green colorless* (pág. 29).

- ⁹ Esta apretada síntesis puede sugerir que la gramática solo dice relación con la sintaxis. En realidad, el conocimiento lingüístico de un hablante supone competencias en distintos niveles: fonológico, morfológico, sintáctico y semántico. Además, el hablante también debe poseer una competencia pragmática que le permita hacer uso del lenguaje (cf. Radford 1988).
- ¹⁰ Agradezco a María Elena Moll su explicación detallada y crítica de esta teoría. Para una exposición en español sobre el tema, véase Mugica y Solana (1989).
- ¹¹ Y no solo analíticamente, como se advierte al recordar que hubo un mentalismo no formalista en el marco de la psicología introspeccionista de principios del siglo pasado y como veremos más abajo al resumir algunos aspectos centrales de la corriente denominada lingüística cognitiva o cognoscitiva.
- ¹² Podemos ver un buen ejemplo de ello en el dominio de la representación léxica –ciertamente un dominio más bien periférico para muchos lingüistas. Un modelo como el de redes jerárquicas proponía un criterio fuerte de economía cognitiva en virtud del cual las propiedades de las categorías léxicas no se almacenaban de manera redundante. La lógica era la siguiente: como el espacio de almacenamiento de la información era reducido, esta se guardaba en el nodo más alto posible en una red jerárquica y los nodos más bajos “heredaban” la información. Este modelo, sin embargo, era ciego al papel que desempeña la frecuencia con que una propiedad se asocia a una categoría, puesto que se trata de un fenómeno ligado al uso e independiente del estatus jerárquico. Al integrar la variable frecuencia al modelo, surge la posibilidad de que una misma propiedad se almacene de modo redundante asociada a dos categorías de distinto nivel jerárquico (cf. Carroll 1994). En realidad, a mi entender, se sustituye una manera de entender la economía cognitiva por otra: la economía de procesamiento sustituye a la de almacenamiento. Por supuesto, toda esta reflexión es válida solo si aceptamos que los modelos deben considerar tanto la representación del lenguaje en la mente como su plausibilidad a la luz de lo que se sabe del procesamiento; esta idea, fácil de aceptar cuando se trata de modelos psicolingüísticos, puede obviarse al tratar modelos lingüísticos. Sin embargo, de ser así, me parece que se debilita el criterio de plausibilidad psicológica de los modelos lingüísticos.
- ¹³ Para una presentación en español del enfoque cognitivo clásico, véase Gardner 1988.
- ¹⁴ La traducción es del autor del artículo.
- ¹⁵ Para Givón, detrás de la oposición formalismo/funcionalismo hay dos modelos de ciencia en conflicto. De parte del formalismo, el modelo de la física; de parte del funcionalismo, el de la biología, donde el concepto de teleología tiene pleno sentido. De más está comentar cuál le parece más adecuado a este autor para estudiar el lenguaje.
- ¹⁶ Así, por ejemplo, en el marco de una gramática sujeta a reglas puede plantearse un componente de reglas o máximas pragmáticas que se haga cargo del papel que la cortesía desempeña en la interacción lingüística, en la línea de Lakoff 1973/1998: “no importune”, “ofrezca alternativas”, etc. Más interesante resulta proponer que la pragmática opera como un sistema de procesamiento central que recibe como *input* la información procesada por el módulo gramatical (cf. Sperber y Wilson 1986). También resulta compatible con el formalismo un enfoque que, reconociendo el componente discursivo, lo separe radicalmente del lingüístico oracional (cf. Jackendoff 1997). Un buen ejemplo de esta posibilidad se advierte en Kintsch y van Dijk (1978), donde se formula un modelo de representación y procesamiento del texto que opera a partir de cláusulas ya procesadas y donde, en consecuencia, el conocimiento discursivo es claramente distinto del oracional.

- ¹⁷ Para un análisis de esta propuesta desde el enfoque cognitivo, véase Soto y Muñoz (1999-2000).
- ¹⁸ Así, en la tradición europea y anglosajona gramáticas como la de Dik, que distingue tres niveles descriptivos relacionados: semántico, sintáctico y pragmático, y la de Foley y van Valin, que si bien propone una sintaxis motivada semántica y pragmáticamente tiene un fuerte componente estructural y ha sido categorizada como generativista (Edmonson y Burquest 1992). Para una presentación sumaria de estas corrientes, véanse Nichols (1984) y Edmonson y Burquet (1992).
- ¹⁹ Véase en Nuyts (1995) una revisión de estas críticas que ha servido de base para la presente sección.
- ²⁰ Givón (1995) y Duffley (1996), dos autores enmarcados en la perspectiva funcionalista, exponen críticas en contra de las versiones más radicales del funcionalismo.
- ²¹ La proxemia dice relación, fundamentalmente, con la distancia que mantienen entre sí las personas al interactuar.
- ²² Ya el funcionalismo de Halliday observó el desarrollo del lenguaje en el niño en el marco del desarrollo funcional, proponiendo, contra el formalismo, una continuidad entre la etapa prelingüística y la lingüística. Para Halliday, las emisiones en las distintas etapas están ligadas a ciertas microfunciones específicas; así, en la fase que va de los 9 a los 16 meses, el lenguaje será simplemente uso y significado, no forma gramatical, y estarán presentes las microfunciones instrumental, regulatoria, interaccional y personal. Habrá que esperar para que aparezcan funciones como la heurística (“dime por qué”) o la referencial (“tengo algo que decirte”) (véase Samaniego 1993 para una presentación sumaria). En las últimas décadas, desde el funcionalismo se han propuesto enfoques contrarios al innatismo de acuerdo con los cuales el niño aprendería su lengua materna gracias a principios operativos (Slobin) y a redes neurales dotadas de plasticidad (MacWhinney y Bates). El problema es enormemente complejo, más aun si reconocemos que muchos formalistas consideran que el significado desempeña un papel importante en esta tarea o que existen modelos híbridos en que el niño llega a dominar tanto reglas como correspondencias asociativas (por ejemplo, Pinker 1991).
- ²³ En los últimos años se han propuesto escenarios evolucionistas para el lenguaje en el marco del generativismo. Los dos más importantes son, en primer lugar, el planteamiento de Bickerton (1990), quien plantea una macromutación que habría permitido saltar de cierto protolenguaje de base léxica al lenguaje de base sintáctica y morfológica característico de nuestra especie, y, en segundo término, el diseño de Pinker y Bloom (1990), quienes proponen una suerte de funcionalismo darwiniano que explicaría la evolución paulatina de ciertas reglas que se canalizarían, finalmente, en la biología de la especie. Para una revisión crítica de ambas propuestas, véase Soto y García (1997). Mientras la propuesta de Bickerton descansa en la dudosa idea de una macromutación que afecta la corteza cerebral y da nacimiento a un sistema complejo, el escenario de Pinker y Bloom abre las puertas al funcionalismo sin lograr establecer un principio claro para excluir esta aproximación del estudio del lenguaje humano actual, como señalan incisivamente MacWhinney y Bates (1990).
- ²⁴ El propio Givón (1995) propone un escenario evolucionista complejo. Para otros enfoques funcionalistas de este problema, véanse las referencias de Soto y García (1997).
- ²⁵ Una denuncia apasionada del “dogmatismo” funcionalista puede leerse en la introducción de Bickerton (1990), quien contrasta la actitud del formalista que reconoce la existencia de fenómenos funcionales en el lenguaje pero plantea la posibilidad de describir formalmente algunos

aspectos de este sistema, con la posición cerrada del funcionalista para quien todos los fenómenos lingüísticos deben ser abordados funcionalmente. La queja de Bickerton debe considerarse con precaución. Primero, porque solo afecta al funcionalismo extremo, y segundo, porque en los hechos los formalistas tienden a plantear que el núcleo del lenguaje es formalizable y que para su caracterización no es necesaria la perspectiva funcional.

- ²⁶ Con anterioridad, aunque en otro contexto, me he referido a este punto en Soto (1997).
- ²⁷ En el análisis del discurso, van Dijk ha destacado que las relaciones entre lenguaje y sociedad son mediadas por la cognición (cf. van Dijk 2000).
- ²⁸ No es del caso explayarse aquí en la relevancia que esta distinción tiene en la antropología, la educación, la sociología y la psicología social, entre otras disciplinas. En la lingüística funcionalista autores como D. Tannen, W. Chafe, R. Ludwig y N. Besnier, además de Biber, han tratado el problema (para una presentación de la bibliografía anglosajona, véase Biber 1988)
- ²⁹ La realidad siempre es más compleja. Jackendoff, en el marco del generativismo, se ha hecho cargo de problemas semejantes a los tratados por los lingüistas cognitivos.
- ³⁰ De ahí que los generativistas puedan pensar que el empleo del término “lingüística cognitiva” para referirse a una de las corrientes que indagan en el lenguaje como fenómeno cognitivo es ilegítimo. No profundizaremos en esta línea de argumentación.
- ³¹ En este sentido, no sería de extrañar que los resultados fueran apuntando a una postura híbrida que combinara rasgos generales y rasgos específicos, sin obedecer a principios de elegancia formal.
- ³² Los ejemplos figuran inicialmente en Talmy (1978) y son de empleo común en la literatura. Una presentación más detallada de este fenómeno en español, en Soto (1996).
- ³³ Estas afirmaciones hay que tomarlas con cautela: aunque el conexionismo se presta para modelar las propuestas cognitivas y el formalismo apela claramente al computacionalismo serial, no hay una conexión necesaria, por ejemplo, entre modelos representacionales formalistas y modelos de procesamiento serial (cf. Pinker 1994).
- ³⁴ Existen distintas categorizaciones de este fenómeno. Por lo general se distinguen, de un lado el aspecto gramatical (por ejemplo, perfecto: *corrío* vs. imperfectivo: *corría*) y del otro, el aspecto inherente o modalidad de la acción verbal (por ejemplo, *saltar*: puntual vs. *correr*: durativa). En español, las perífrasis verbales permiten expresar mayores matices aspectuales: “tengo escrito un libro” (resultativo o egresivo). No se discutirá aquí el estatus verbal de esta construcción. En Talmy (1988) el aspecto se incluye en el marco cognitivo más amplio de la conceptualización del proceso verbal.
- ³⁵ En este contexto, Bocaz y Soto 1999 exploran la proyección, durante la ontogenia del lenguaje, de imágenes esquemáticas espaciales en las dimensiones temporales y aspectuales del lenguaje. Sugieren que los recursos cognitivos y las presiones discursivas favorecen un reanálisis que permite la proyección desde el dominio espacial al tiempo-aspectual.
- ³⁶ Para una presentación más detallada de este modelo en español, véase Maldonado 1993.
- ³⁷ Si bien las metáforas conceptuales no agotan la experiencia de lectura poética, pueden ayudar a aprehender el sentido. Obsérvese la incardinación de la metáfora del tiempo espacializado en estos versos de Cavafis: “Los hombres conocen el presente./ El futuro lo conocen los dioses./ plenos y únicos poseedores de todas las luces./ Mas, del futuro, captan los sabios/ eso que se avecina. Su oído, // a veces, en las horas de graves reflexiones/ se alarma. Les llega el clamor/

secreto de sucesos que se acercan./ Y reverentes le prestan atención. Mientras que en la calle,/ ahí fuera, no oyen nada las gentes. ("Los sabios lo que se avecina", C. P. Cavafis, Poemas. Trad. y prólogo de Ramón Irigoyen, Barcelona: Seix Barral, pág. 64)

³⁸ No se ha incluido la revisión de esta propuesta en el presente trabajo. Tampoco, la teoría de los espacios mentales de Fauconnier.

³⁹ Bocaz y Soto (1999) retoman esta sugerencia en su propuesta de un estudio a la vez cognitivo y discursivo de la ontogenia de las construcciones de resultativo en narraciones. Tengo entendido que recientemente Langacker se ha preocupado del nivel discursivo; también pueden encontrarse algunas opiniones dispersas en textos de Talmy.

⁴⁰ Recientemente, en una mesa redonda en el 14º Congreso de la Sociedad Chilena de Lingüística, Violeta Demonte formuló esta misma hipótesis.

⁴¹ En el Congreso indicado en la nota anterior.